

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN PASCUAL BAILÓN
APÓSTOL DE LA EUCARISTÍA**

LIMA – PERÚ

SAN PASCUAL BAILÓN

Nihil Obstat
Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Ambiente social. Su familia.
Su infancia y adolescencia.
Su juventud. Entrada al convento.
Trabajador y penitente. La pobreza.
La caridad. La humildad. La alegría.
Celo por la salvación de las almas.
La oración. La castidad.
El padre Juan Ximénez. Su figura.
Viaje a París.
Amor a Jesús sacramentado.
Amor a María. El demonio.

DONES SOBRENATURALES: a) Éxtasis.
b) Profecía. c) Ciencia sobrenatural.
d) Don de hacer milagros.
Itinerario de conventos.
Última enfermedad y muerte.
Los ojos del santo.
Los golpes del santo.
Exhumaciones. Capillas del santo.
Proceso de canonización.

CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de san Pascual es una vida de maravilla y sencillez. Es un santo pequeño a los ojos del mundo, un simple hermano lego franciscano, que hacía las tareas más humildes del convento, pero que ante Dios era el más grande y santo. Su bondad y amabilidad hacía que todos se sintieran atraídos hacia él. A todos servía y atendía con caridad, especialmente a los pobres, a quienes servía de comer todos los días.

Pasaba muchas horas, especialmente en la noche, adorando y acompañando a Jesús Eucaristía. Era tan grande su amor a Jesús sacramentado que, a veces, bailaba de alegría en su presencia y se quedaba extasiado de amor. Desde niño, Jesús era el centro de su vida. Siendo pastor, cuando oía tocar la campana al momento de la consagración de la misa, se ponía de rodillas para adorarlo; y Jesús se le hacía visible a través de las paredes como si estuviera presente. Por su gran amor a la Eucaristía, el Papa León XIII lo nombró en 1897 patrono de los Congresos y Asociaciones eucarísticas del mundo entero.

Pidámosle que nos obtenga la gracia de amar tanto a Jesús que nunca dudemos de Él ni de su presencia real en el sacramento de la Eucaristía.

ACLARACIONES

Al citar *Proceso diocesano* nos referimos al Proceso informativo o diocesano para su beatificación, que se encuentra en el Archivo Secreto Vaticano en el volumen N° 3393.

Al referirnos al *Proceso apostólico* hacemos alusión a los Procesos apostólicos de beatificación y canonización, que se encuentran en el Archivo Secreto Vaticano con los números del 3394 al 3407.

Cuando citemos *Ximénez*, hacemos referencia al libro del padre Juan Ximénez, *Chronica del bendito fray Pascual Baylón*, Valencia, 1601.

AMBIENTE SOCIAL

Nació nuestro santo en el siglo XVI, en pleno esplendor del imperio español, después de terminada la Reconquista por los Reyes Católicos, a los pocos años del descubrimiento de América. En España brillaban entonces las ciencias y los centros de cultura. Una pléyade de santos iluminaban este Siglo de Oro, tales como santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Juan de Dios, san Francisco de Borja, santo Tomás de Villanueva, san Luis Beltrán, san Juan de Ribera y tantos otros,

España tenía nueve millones de habitantes. Entre ellos había quinientos mil moriscos (moros convertidos al catolicismo) y trescientos mil judíos conversos, aunque muchos de estos moros y judíos lo eran sólo en apariencia. Por eso se daba mucha importancia a la limpieza de sangre, de no tener antepasados moros, judíos o herejes, sino católicos viejos, de familias católicas antiguas.

Otro dato importante es que había miles de pobres y mendigos que acudían especialmente a los conventos, donde siempre había una escuela para estudiar y un almuerzo para saciar el hambre de los más pobres. Algunos historiadores hablan de unos ciento cincuenta mil pobres de necesidad. San Pascual se destacará muy en especial por su atención a los pobres. Otro dato es que en aquellos tiempos las enfermedades hacían estrago en la población por la mala alimentación y la falta de higiene, además de que no se tenían medios para curar ciertas enfermedades. Muchos niños morían antes de llegar al año de nacidos. A los cuarenta años muchas personas ya parecían ancianas.

En este ambiente y en esta sociedad en la que la fe estaba muy arraigada, España debía luchar contra la herejía protestante. En Europa las luchas religiosas encendían los ánimos y promovían venganzas y divisiones. Para evitarlas, se fundó la Inquisición. La vieja Europa era un campo de luchas fratricidas, mientras el Nuevo mundo era un campo inmenso de millones de personas por convertir. Nuestro santo colaboró en la construcción de un mundo mejor con sus oraciones y sus obras de caridad. Su influencia sigue hasta ahora, porque es un ejemplo de amor a la Eucaristía y el patrono de las Instituciones eucarísticas.

SU FAMILIA

Sus padres fueron Martín Bailón e Isabel Yubero ¹. *Eran honestos y naturales de aquella tierra (Torrehermosa), viviendo de labranza y crianza de ganados* ².

Según un testigo del Proceso diocesano, nació *de la gente más granada de la tierra, entre los que había sacerdotes y religiosos, clérigos y rectores de pueblos, oficios que en este reino no se dan sino a gente de buenas costumbres y sangre limpia de ascendencia judía, mora o herética* ³.

El padre de Pascual se casó tres veces. La primera con Catalina, de la que tuvo tres hijos: Pedro, Martín y María. Ninguno de ellos llegó a edad de tomar estado. El tercer matrimonio lo contrajo con María García, de Alconchel, y de ella no tuvo hijos. Del segundo matrimonio tuvo seis hijos, el segundo de los cuales era nuestro Pascual. Su hermana Lucía se casó en 1573 con Gil de Diego; Ana con Pedro Monje el año 1586; y Juana vivió en Peñas de San Pedro (Albacete). De sus hermanos Juan y Francisco no se sabe nada, pues probablemente murieron pronto.

Su madre Isabel era gran limosnera y cuanto ganaba y tenía su marido lo daba por amor de Dios. Cuando iba al horno a cocer el pan, daba gran parte a niños y pobres. Hasta el punto que algunos le dijeron a su esposo que mirase por su mujer, porque cuanto él ganaba lo daba ella por amor de Dios, pero *él respondía con risa y alegría: “Me huelgo (alegro) que lo dé por amor de Dios, que yo ganaré otra faneguita de trigo para que la dé por amor de Dios. Que si por amor de Dios la da, ello va bien guiado, que él me ayudará para que gane otro tanto”* ⁴.

Su madre iba frecuentemente a misa. Unos días antes de morir le llevaron la comunión y, levantándose de la cama, la recibió de rodillas ⁵.

¹ Los primeros biógrafos ponen los apellidos de Baylón y Yubera.

² Ximénez, p. 52.

³ Proceso diocesano 3393, p. 237.

⁴ Proceso diocesano 3393, pp. 258 ss.

⁵ Proceso diocesano 3393, pp. 253 y 256.

SU INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Nuestro santo nació en Torrehermosa (provincia de Zaragoza) en los límites entre Castilla y Aragón, en España. Era el día 16 de mayo de 1540. Aquel día se celebraba la fiesta de Pentecostés o Pascua. Por eso, le pusieron el nombre de Pascual, por ser costumbre llamar Pascual a los que nacían en dicho día de Pascua.

El pueblo pertenecía al monasterio de Nuestra Señora de la Huerta la Real, de la Orden del Císter, y sus padres eran como inquilinos suyos. Según fue creciendo Pascual, era un *mancebico modesto y santico*⁶. Todos los testigos declaran que desde muy pequeño le gustaba oír misa y acudir al templo⁷. En esto también le ayudaría su hermana Juana, que era su madrina de bautismo.

El testigo Fernando Catalina afirma: *Era de rostro alegre y humilde. Le tenían todos por un alma buena y, por eso, todos lo querían. Le querían como al vivir*⁸.

A los ocho o nueve años comenzó su trabajo de pastor con el pequeño rebaño de sus padres. *Era visto andar el más tiempo descalzo por matorrales, siguiendo su ganado por piedras y espinas, bajando cuestras y subiendo montes, sin espantarle ninguna aspereza, la cual de buena gana quería abrazar por amor de aquel que, de puro amor nuestro, tan de voluntad, la abrazó*⁹.

Durante el pastoreo tenía tiempo para rezar, cantar y hacer objetos de madera. *Aprendió a tocar el rabel y llevaba consigo un cayado de pastor en el que esculpió una cruz muy bien labrada y colgó de él una imagen de María. Lo hincaba en el suelo y así le valía de oratorio*¹⁰.

Un día una tía suya llamada Isabel, le encomendó que junto con sus ovejas guardara también unas pocas cabras. Pero los corderos eran dóciles y obedecían, cuando les tiraba una piedra o hacía silbar la honda. Solía gritarles diciendo: *¡San Pedro y San Juan nos asistan!* Pero las cabras eran distintas y, como comenta Pedro Villamazán, *no se averiguaba* (entendía) *con ellas*¹¹. Por ello, le pidió a su madre: *Madre, no me lo mande, que se comen los trigos y yo no quiero hacer daño a nadie.*

⁶ Proceso diocesano 3393, p. 240.

⁷ Proceso apostólico 3395, pp. 835 ss.

⁸ Proceso apostólico 3395, pp. 247 y 836.

⁹ Ximénez, p. 56.

¹⁰ Christoforo D'Artá, *Vita, virtù e miracoli del beato Pasquale Baylón*, Roma, 1672, tomo I, p. 7.

¹¹ Proceso diocesano 3393, p. 234.

Mientras estaba de pastor deseaba aprender a leer y escribir para aprovechar mejor su tiempo. Hubiera deseado asistir a la escuela monacal del monasterio de *Santa María de la Huerta* de su pueblo. Sin embargo, con su empeño y con la ayuda de algunos transeúntes que le dieron algunas nociones, consiguió aprender por su cuenta en un devocionario de su madre. De hecho, su escritura era una imitación de la letra de molde que leía en los libros. Buscaba papeles blancos y con plumas de águilas o buitres, y con tinta de las moreras, iba aprendiendo a escribir. *Llevaba siempre consigo las “Horas de Nuestra Señora”. Fue visto rezar y leer frecuentemente en ellas, para lo cual se apartaba de los otros pastores sus compañeros, porque no era amigo de su conversación; tanto que, retirado de la majada, hacía de ordinario para sí fuego para, a solas, con quietud y sin testigos, poder vacar (dedicarse) a Dios*¹².

Cuando rezaba, normalmente lo hacía vuelto hacia la ermita de Nuestra Señora de la Sierra y, cuando no podía verla, lo hacía ante su cayado que tenía la cruz y la imagen de María. También refieren los testigos del Proceso que, cuando oía la campana de Alconchel o, si se alejaba, la de Montuenga o Cabolafuente, a la hora de la elevación de la misa, se postraba para adorar la hostia consagrada con profunda devoción.

Nunca estaba ocioso. Cuando dejaba de leer o rezar, hacía rabeles para acompañar el canto. Le gustaba cantar al Señor en aquellas soledades. También esculpía imágenes en madera, hacía rosarios con juncos, etc.

SU JUVENTUD

Tendría unos doce años cuando fue a servir de pastor al pueblo de Alconchel, a cinco kilómetros de su pueblo. Juan Aparicio, que fue su compañero en esta villa cuando Pascual tendría ya quince años, refiere en el Proceso que un día fueron a beber a una fuente, camino de Cabolafuente, y la encontraron turbia. Pascual se apartó unos 200 pasos, dejó el zurrón y el cayado, y se inclinó en tierra, *donde escarbó con sus manos y salió un agua tan limpia como en fuente de plata*¹³.

Sirvió a un amo de aquella tierra llamado Martín García, el cual viéndole tan bien inclinado, aficionósele mucho y le dijo: “Hijo Pascual, si quieres, deja el ganado y vente a la villa a mi casa y allí te tendré como a propio hijo y como a tal te regalaré. Ya sabes que yo no tengo hijos a quienes dejar mi hacienda y, sirviéndome como a padre, será tuya”... El santo mozo respondió a su amo que

¹² Ximénez, p. 55.

¹³ Proceso diocesano 3393, pp. 269 ss.

*le agradecía mucho el favor y merced que, sin debérselo, le quería hacer, pero que su intento era servir a Dios en pobreza y que así no quería de ninguna manera hacienda ni riquezas de este mundo*¹⁴.

Nuestro buen pastorcito se encomendaba al Señor con continuas oraciones para que le alumbrase y le enseñase el estado en que mejor le pudiese servir. Por lo cual, además de las “Horas de Nuestra Señora” y del rosario que traía hecho con un cordelillo añudado, hacía otras largas oraciones, poniéndose de rodillas vuelto hacia la ermita de Nuestra Señora de la Sierra, y así solía decir su mayoral, viendo esto: “A mi zagal hallo yo cada mañana hincado de rodillas, vuelto hacia la ermita de Nuestra Señora”.

Perseverando en pedir a Dios cosa a él tan agradable, se le aparecieron visiblemente un fraile y una monja en aquellos caminos desiertos, los cuales le declararon cuán agradable era a Dios el estado de los religiosos. Esto lo contó el bendito Pascual a otro grande amigo suyo que, por ser hombre de buenas costumbres, sincero y de mucha verdad, lo quería el santo con amor cordial y le contaba estos y otros semejantes secretos. Y así lo ha testificado con juramento solemne. Y así dice que de allí a pocos días le volvió a decir que se le había aparecido otro fraile y que le había repetido lo mismo. Por lo cual, le dijo el santo: “Ya no quiero en este mundo tener ni hacienda, ni dineros, antes lo quiero dejar todo por servir a Dios y ser religioso”. De allí a quince días, dice el sobredicho, nos volvimos a juntar en el campo con nuestros ganados y le vi que traía debajo de la capa un hábito de fraile y me dijo: “Compañero, quedaos con Dios, que yo me voy a servir a Nuestro Señor”. Y así lo dejó.

*Y para que lo dicho acerca de habersele aparecido nuestro Padre san Francisco y, según sospecho, la gloriosa santa Clara y algún otro santo de nuestra sagrada religión (Orden), no se tuviese por cosa fabulosa o voluntaria mentira, sino que se diese entero crédito, quiso Dios confirmarlos con un grandísimo y evidentísimo milagro... Dios le dio virtud al cayado y vara de nuestro Pascual para que hiciese semejante milagro delante de su amigo, como lo hizo, diciéndole estas formales palabras: “Compañero, ¿qué queréis apostar a que aquí donde queráis señalar, que hago agua con esta varica? Y el sobredicho su amigo testifica que luego le vio con sus propios ojos sacar de la tierra seca agua clara, que manaba divinalmente donde nunca la había habido... Al tiempo que esto sucedió podría ser el dicho Pascual de edad de diecisiete o dieciocho años*¹⁵.

¹⁴ Ximénez, pp. 57-58.

¹⁵ Ximénez, pp. 64-68.

De Alconchel salió en plan de visitar a su hermana Juana, que estaba de criada en casa de García Moreno en el pueblo de Peñas de San Pedro, a unos 30 kilómetros de Albacete.

Su hermana Juana tenía una compañera llamada Ana García, quien certificó en el Proceso, diciendo que *llegó al anochecer y le prepararon la cena, pero él no quiso tomar más que pan y agua. Le prepararon la cama y le dejaron un candil encendido, pero al rato fueron a espiarlo y vieron por el agujero de la cerradura que estaba desnudo de la cintura para arriba y se estaba dando azotes como penitencia. A la mañana siguiente, observaron que la cama estaba intacta y que había dormido en el suelo. Le quisieron preparar desayuno para el camino, pero sólo aceptó una calabaza llena de agua. Les dijo: “Si necesito algo de comer, lo pediré de limosna”*¹⁶.

Pascual se dirigió a Valencia para cumplir sus deseos de ser franciscano y, durante cuatro años estuvo en la villa de Monforte y sus alrededores. Los franciscanos descalzos estaban construyendo en Monforte el convento de Nuestra Señora de Lorito ¹⁷. Nuestro Pascual vio en 1561 cómo echaban los cimientos, inspeccionaba cómo avanzaban las obras, hablaba con los frailes encargados de la construcción y esperaba que estuviera terminado para pedir la entrada, soñando vivir allí enteramente para Dios al amparo de Jesús sacramentado y de Nuestra Señora.

Anduvo muchos días alrededor de aquel santo convento, guardando ganado y, como quien paseaba sus términos, andaba por todos aquellos campos de Monforte, Albaterra y Orihuela, dando a todos los que le trataban grande ejemplo con el resplandor de sus virtudes, como lo testifican los que entonces le conocieron y conversaron... Y aún cuenta un testigo que fue juntamente con él pastor y su mayoral por tiempo de un año en aquella tierra, llamado Esteban López que, viendo en este mancebo tales costumbres, le parecía ser algún ángel que Dios le había enviado para que le acompañase en su soledad y le consolase en su destierro. Vile, dice este testigo, siempre tan devoto que nunca le hallé cosa mala en su persona ni palabra ociosa en su boca, ni menos mentira o juramento (malas palabras) ¹⁸.

Miguel Juan Pusalt declaró en el Proceso haberlo conocido a Pascual de seglar y de religioso y refiere que, en una ocasión, el joven Pascual le preguntó de quién era la heredad en la que habían entrado sus ovejas y habían comido algunos bocados. Le respondió que de Gaspar Guerea y el santo sacó un librito

¹⁶ Proceso diocesano 3393, pp. 259 ss.

¹⁷ Lorito es lo mismo que Loreto. Hoy se llama Orito.

¹⁸ Ximénez, pp. 71-73.

forrado con piel de cordero y escribió con la sangre de la oreja de una oveja su nombre para no olvidarlo. Al decirle que iba a pagar más de lo que valía el perjuicio, respondió: *Muchos pocos llevan al hombre al infierno y yo no quiero tener este cargo* ¹⁹.

En otra ocasión, su amo Bartolomé Ortiz le dijo que por qué no se iba a otras partes a llevar las ovejas a pastar, dado que lo veía mucho alrededor de la ermita de Nuestra Señora de Loreto, y él le aclaró: *Ni yo ni mi ganado nos hallamos bien fuera de aquí. Y el ganado engorda a la vista de Nuestra Señora.*

Antonio Navarro, amigo y mayoral de Pascual en Monforte, declaró: *Cuando el bendito Pascual no podía oír misa o acudir a la hora de “alzar a Dios” en dicho convento o en otras iglesias, con oír la campana que hace señal de alzar en la misa mayor, muy devotamente se hincaba de rodillas y puestos los ojos en el cielo, veía una estrella muy refulgente y se le abría hacia aquella parte el cielo y en él veía el sacrosanto misterio de la misa. Al cual, humillándose profundamente, adoraba como verdadero Dios y Señor, quedando su alma consoladísima con tan soberana merced. Y con toda prisa llamaba a este testigo, su compañero, para que viese en el cielo el Santísimo Sacramento del altar. Pero dice este testigo que, como él era indigno de tanto bien por no tener la pureza de alma del bendito Pascual, nunca pudo ver una maravilla tan grande. Pero firmísimamente cree y bajo el juramento que a Dios y a sus santos cuatro Evangelios tiene hecho, afirma que daba y da crédito a lo que el santo Pascual le decía. Porque la pureza de su alma y la integridad de su vida era tan grande que podía presumirse de él cosa semejante. Y habiéndolo confesado el dicho santo por su boca y en tales condiciones, se tuviera por mal cristiano si no le diera crédito y dijera no era verdad lo que él decía. Pero que, por tenerlo por consumada verdad y excelente milagro, lo ha contado a diversas personas y ahora bajo juramento lo certifica...*

Pascual no era amigo de juegos, sino que se entretenía leyendo en sus libros. Junto con las “Horas de Nuestra Señora” trajo de su tierra tres o cuatro libros, y así rezaba las Horas y leía en ellos. Este testigo le procuraba tea para poder leer de noche y se lo agradecía mucho. Iba descalzo y ayunaba y oraba, siempre ocupado en cosas buenas. Tenía un rosario de cadenilla ensartado que se le rompió y así hizo otro de cordel para sí, y hacía más para dar a los demás. Siempre sabía cuándo eran fiestas, tómporas y vigiliás con las “Horas de Nuestra Señora”. En tómporas, vigiliás, viernes y miércoles de los dos años que anduvo con él, le vio ayunar a pan y agua.

¹⁹ Proceso diocesano 3393, pp. 456 y 482.

Decía: *Así ando más ligero para todo. Fuera de ese tiempo, comía de todo muy moderadamente. Holgaba y se alegraba de que sus compañeros comiesen bien y quería que por él no dejaran de comer. Nunca le vio beber vino, y se acuerda este testigo que le oyó decir a Petronila Miralles, su ama, que, cuando iba a casa, le convidaba con vino y nunca quiso beber.*

Gran amigo de los pobres, les daba dinero, no pan, porque éste, decía, no era suyo sino del amo. Era muy bien criado, cortés y comedido con todos. Decía que, cuando algún transeúnte se acercaba al hato y los perros eran malos, había que adelantarse para recibir al visitante y evitar que los perros le hiciesen daño.

A todos daba buenos consejos y era amable con todos. Hombre de gran verdad, era creído por todos. Por lo que este testigo vio del santo fray Pascual cuando era pastor, y por lo oído después de su muerte, lo tiene por el mejor cristiano que ha visto y por santo. Cada día le reza al bendito santo un Pater y Ave, para que fray Pascual se acuerde de rezar a Dios por él. Porque una vez, en vida, se concertaron los dos que el primero que muriese de ambos, rezaría por el que quedase vivo y así le sirve de mucho consuelo creer que el bendito santo está rogando por él en la gloria²⁰.

Otro de los testigos, llamado Juan de Campos, dice que él y el santo estuvieron juntos en el lugar de Montuenga del reino de Castilla, guardando ganado por tiempo de dos años y que, además de ver en Pascual muchas virtudes, le notó que era mancebo muy comedido y bien criado con todos y nunca le oyó jurar como hacen comúnmente los otros pastores; antes loaba y bendecía a Dios Nuestro Señor y a sus santos y, en especial, a su Santísima Madre la Virgen María. Y, cuando le sucedía cualquier desgracia como morírsele el ganado o que alguna res se malease o enfermase, daba gracias al Señor por ello y decía al sobredicho compañero, viéndole angustiado: “Calla, hermano, ¿qué hemos de hacer nosotros? ¡Válganos Nuestra Señora! Y, cuando se veía puesto en algún otro trabajo o desgracia súbita, decía el buen Pascual: ¡Válgame Dios!²¹.

Pascual Carretero asegura: *Estuve un año con él en Montuenga siendo ambos mocitos. El mayoral dijo al bendito fray Pascual que fuesen a robar uvas a la viña y él no quiso. Pero como el mayoral era terriblemente colérico y fray Pascual era un mocito, le forzó a que le acompañase. Pero, al llegar a la viña, no quiso entrar, diciendo:*

- “No entraré, aunque me maten, porque yo no quiero hurtar”.

²⁰ Proceso diocesano 3393, pp. 482 ss.

²¹ Ximénez, pp. 59-60.

Y viniendo el mayoral con las uvas, le trató de cobarde y que no comería de ellas.

- *“No se me da nada, dijo Pascual, de no comer uvas, porque son hurtadas. Y, si quiero comerlas, prefiero comprarlas”.*

Yo, continúa Carretero, las comí y me revolvió el estómago. Ante lo cual decía el bendito fray Pascual: “Bien digo yo que no hurten uvas; que, siendo hurtadas, cosa cierta es que han de hacer mal”²².

De Montuenga regresó a Monforte. Dice el padre Ximénez: Andando pues Pascual por los montes comarcanos al convento de Nuestra Señora de Loreto, acudía con su ganado muchas veces a raíz de las paredes del convento para que pudiese visitar aquella iglesia tan amada y confesar y comulgar a menudo, lo cual hacía con tan gran devoción que tenía admirados a sus compañeros²³.

Un día, el guardián envió a fray José de Cardenete a pedir un poco de leche al sobredicho Pascual y, contando a la vuelta del maravilloso fervor de caridad que en aquel pastor había conocido, dijo el padre fray Antonio de Segura, el cual era su confesor: “¿Veis al pastorcito? Pues sabed que, cuando viene a confesarse, no oso darle penitencia más que un padrenuestro y un avemaría, porque con dificultad lo puede rezar, que luego se queda elevado”²⁴.

Llegado el tiempo ordenado por la providencia del Señor que le guiaba, se determinó de hecho a dejar el ganado y entrar en el convento y pedir el hábito, no para sacerdote, aunque sabía leer y escribir, sino para fraile lego y para ser la escoba y estropajo en la casa de Dios... Los religiosos, teniendo ya noticia de su virtud, le dieron el hábito con gran contento en el mismo convento de Nuestra Señora de Loreto (Lorito u Orito) de Monforte²⁵.

²² Proceso diocesano 3393, pp. 243 ss.

²³ Ximénez, p. 75.

²⁴ Ximénez, p. 77; Proceso apostólico 3395, p. 756.

²⁵ Ximénez, p. 79.

ENTRADA AL CONVENTO

Los religiosos de Monforte del convento de Loreto estaban muy contentos con Pascual. Según algunos autores, lo enviaron primero al convento de Elche a tomar el hábito y de allí lo regresaron al convento de Loreto, en el término de la villa de Monforte. Pascual entraba para ser religioso lego, no sacerdote. Eran religiosos franciscanos de la Reforma realizada por San Pedro de Alcántara, llamados por ello alcantarinos o descalzos.

Pertenecían a la Custodia (reunión de varios conventos) de la provincia de San José de Castilla, que en 1577 fue promovida a provincia. Llevaban una vida muy austera. Según las Constituciones de San Pedro de Alcántara, promulgadas en 1561: *No se permitía el uso del dinero a no ser para los enfermos. Se prescribían tres horas de oración mental, además de la recitación coral del oficio divino, diurno y nocturno, a media noche. Se levantaban de madrugada para continuar la mencionada recitación coral. Los ayunos eran poco menos que continuos. El dormir, sobre tablas con una piel o manta de inferior calidad y, en pleno invierno, dos. Caminaban con los pies descalzos sin sandalias ni otro abrigo. No bebían vino, sino hasta los cuarenta y cinco años. Las disciplinas eran diarias, excepto los festivos. Los hábitos, de sayal hasta los tobillos y estrechos de diez palmos. La capita no más larga que cuanto cubre los dedos de las manos, tendido el brazo sobre el cuerpo, no alzado. Quedaban prohibidas las carnes llamadas preciosas, como perdices y gallinas y también el pescado precioso. No se podían hacer provisiones más que para pocos meses, uno o dos. No se admitían limosnas pecuniarias por las misas celebradas. En fin, se profesaba una pobreza tan extremada que apenas alcanzaba a lo imprescindible. Sólo se admitía cierta mitigación con referencia al templo y objetos de culto y eso sin lujos excesivos.*

El mismo fray Pascual manifestó al padre Jaime Castellón, guardián de Villarreal: *Yo recuerdo que a los primeros tiempos en que tomé el hábito, estando en el convento de Loreto, no comíamos casi todos los frailes sino a tercero día y entonces sólo pan y agua y teníamos mucha salud. Y si alguno adolecía, le curábamos las más veces con darle solamente por medicina y sustento pan tostado con aceite, y con esto sanaba. Y de una docena de sardinas que se trajeron a la comunidad una Cuaresma, sobraron algunas cuando llegó la Pascua*²⁶.

Los religiosos comulgaban sólo los días festivos, en los días de santos de la Orden o cuando lo deseara el religioso con tal que no hubiese motivo para impedirselo. Fray Pascual, llevado de su amor a la Eucaristía, comulgaba casi

²⁶ Proceso diocesano 3393, pp. 20.

todos los días. Era patente su amor a Jesús Eucaristía y, desde cualquier parte de la iglesia en que se encontrara, dirigía la mirada a Jesús sacramentado ²⁷. Fray José Hidalgo afirma que *parecía más ángel que hombre* ²⁸.

Hizo en su profesión a los 25 años el día 2 de febrero de 1645, fiesta de la Purificación de la Virgen o Candelaria.

TRABAJADOR Y PENITENTE

Sus trabajos normales en el convento eran cocinar, barrer, remendar hábitos y calzados, salir a pedir limosnas para la Comunidad, lavar, coser, atender el comedor, hacer de portero, de enfermero y trabajar en la huerta. Para él lo importante era no estar ocioso ²⁹.

Estos oficios los hacía con tanta devoción y alegría del alma, como si en ello sirviera, no a hombres, sino a ángeles y al mismo Señor ³⁰.

El padre Juan Ximénez declaró: *Yo lo vi muchas veces, siendo hortelano en Almansa, estar cavando y cantando canciones divinas al son de los golpes de la azada; y me admiraba viendo que los muy valientes, en este ejercicio tan trabajoso, antes gimen y suspiran cansados que canten de contentos* ³¹.

Nunca se le vio ocioso, sino en oración u ocupado. Nunca se le oyó murmurar de nadie. Nunca quejarse. Nunca airado o desabrido. Nunca descompuesto o en algo distraído: antes, toda su vida, obras y palabras, eran de santo; por lo cual los frailes le miraban con tales ojos y decían que el Señor había de hacer muchos milagros por él en su muerte... Un día vi, y lo tengo testificado en el Proceso, que, siendo portero en Almansa, vinieron unas mujeres a confesare con el guardián (Superior). Yendo el santo a decírselo, respondió el guardián: “Hermano, diga que no estoy en casa”. Replicó el santo: “Hermano, diré que está ocupado o que no puede ahora salir.” Pero como el guardián respondiese a esto: “Diga que no estoy en casa”, él le tornó a replicar con rostro humilde y voz grave: “Vuestra caridad me perdone, que no lo diré, porque es pecado venial y mentira”. Y así se volvió a la portería con gran sosiego. Y ni aquí ni en otra ocasión le vi hacer un pecado venial con haber vivido con él en varios conventos ³².

²⁷ Proceso diocesano 3393, p. 10.

²⁸ Proceso diocesano 3393, p. 293.

²⁹ Proceso diocesano 3393, pp. 25 ss.

³⁰ Ximénez, pp. 145-146.

³¹ Ximénez, p. 146.

³² Ximénez, pp. 140-141.

*De día nunca dormía ni aún en lo recio del verano, cuando los otros religiosos reposaban la siesta. Él andaba entonces trabajando en la huerta, a la furia de los rayos del sol, descubierta la cabeza... No se iba a su celda hasta las nueve o diez de la noche, siendo después el primero en ir a Maitines. ¿Cuántas horas dormiría? Si eran dos o tres, ¿cómo cuerpo de carne y sangre como el mío, se podía tener en pie?*³³.

Por las mañanas, siendo hora, abría la iglesia y despertaba luego a los religiosos a Prima, dando tres golpes en cada puerta y diciendo: “Loado sea el dulcísimo nombre del buen Jesús; a Prima, hermanos, a loar al Señor y a su bendita Madre”. Luego ayudaba la primera misa y no se contentaba con una, sino ayudaba a todas las que podía y oía algunas partes de las otras, cuando por llamarle a la puerta no podía oírlas enteras. Nunca dijo no puedo ayudar a misa, sino que hacía cuanto podía por ayudar a todas, aunque no fuese sino sólo al principio.

Después ponía el comedor por este orden. Preparado el pan en una cesta, encerrábase en el refectorio (comedor) y poníase luego de rodillas delante de la imagen que allí está y, con las manos juntas y levantadas hasta el rostro, estábase así orando por espacio de dos credos. Luego se levantaba y cantando coplas de Nuestra Señora u otras diurnas a baja voz, con gran regocijo y consideración, repartía con mucha prudencia y discreción el pan por las raciones de los frailes, según el trabajo de la persona y su mayor merecimiento y necesidades... Un día, predicando yo la Cuaresma, me tomó de la mano y me entró al comedor y dijo: “Venga acá que debe más al Señor que ninguno de todo este pueblo y, alzando la servilleta de mi ración, descubrió un pan muy blanco que yo comí con mucho gusto... Después, haciendo reflexión sobre esto, he dudado quién le haría o de dónde sería aquel pan, porque no le había visto semejante ni después lo vi en aquella tierra y me pesó de no haber guardado de él algún pedazo”³⁴.

Él se ponía el pan más negro y duro y los mendrugos más pequeños; un pañizuelo (servilleta) el más roto, el cuchillo y taza más vil y quebrada, la fruta más verde o más podrida; de las uvas, la granuja. Enseñando a los novicios a poner el refectorio, les decía que siempre pusiesen fruta en número misterioso. Si hubiese pocas ciruelas, poner a cada uno, tres por la Santísima Trinidad. Si más hubiese, cinco por las llagas o siete por los dones del Espíritu Santo³⁵.

³³ Ximénez, p. 144.

³⁴ Ximénez, pp. 153-155.

³⁵ Ximénez, p. 156.

*Estando un día en el refectorio de Valencia encerrado, entró a deshora un religioso por una puertecilla falsa que tiene la oficina hacia la huerta, que por descuido se la había dejado por cerrar y, entrando de repente, lo vio estar delante de una imagen de Nuestra Señora que estaba encima de la puerta principal del refectorio, bailando y dando muchos saltos hacia arriba con gran placer y júbilo. Retiróse entonces el fraile hacia fuera y detúvose un poco en la oficina por donde entró y, haciendo algún ruido, dijo en voz alta: “Loado sea Nuestro Señor Jesucristo”. Y, respondiendo el santo: “Por siempre”, entró dentro y le miró el rostro y le vio estar con un color tan encendido que movía a mucha devoción*³⁶.

*Si le sobraba algún tiempo, lo gastaba en leer libros santos o en escribir algunas cosas de devoción que él sacaba de algunos libros; o en coser y remendar su ropa o las sandalias viejas que desechaban los frailes y, remendadas, las daba a los frailes para que usasen de ellas*³⁷.

Fray Juan Sánchez declaró: *Nunca vio este testigo un hombre más áspero para sí ni de más suavidad y amor para los demás*³⁸. Según afirmó fray Martín Navarro: *Amaba a los frailes sus hermanos y les acudía (atendía) con solicitud de madre*³⁹.

*En el convento de Villarreal acudían muchos caminantes a pedir agua. Esto hacía fatigoso el oficio de portero, pero para él constituía una delicia poder asistir a tantos hermanos*⁴⁰.

Fray Martín Navarro aclara que *era limpio y aseado y que todo lo que estaba a su cuidado brillaba como un oro. Limpiaba el pan con una escobilla a fin de que no enmoheciese en verano*⁴¹.

Estando en Villarreal al final de sus días, el padre guardián le mandó que tomase vestidos nuevos. Viéndose constreñido por la obediencia, pidió que por lo menos fuesen los más groseros y rudos⁴². Pero, obligado por el Superior a llevar hábito nuevo, iba tan avergonzado y confuso que se puso una pieza vieja en el pecho y en ella fijaba su mirada⁴³.

³⁶ Ximénez, p. 157.

³⁷ Ximénez, p. 159.

³⁸ Proceso diocesano 3393, p. 39.

³⁹ Proceso diocesano 3393, p. 44.

⁴⁰ Proceso diocesano 3393, pp. 7 ss.

⁴¹ Proceso diocesano 3393, pp. 513 ss.

⁴² Proceso diocesano 3393, p. 424.

⁴³ Archivo de la postulación general de la Curia franciscana de Roma, tomo VIII, p. 330.

El doctor Benet declaró: *Sufría especialmente de dolor de costado, una enfermedad muy grave y aguda con dolor intenso y dificultad de respirar. Lo sufrió con admirable paciencia... Me acuerdo de otra enfermedad de cuartana en la que avisé al padre guardián para que le mandara cuidarse. Y respondió que no era menester mirar tanto, porque sabía ser voluntad del Señor que sufriese aquello. Entendí por todo eso que era amigo de pasar trabajos por amor de Dios*⁴⁴.

LA POBREZA

Él abrazaba la pobreza y la vivía con amor. Buscaba para él los vestidos más rotos. El padre Jaime Castellón, que fue su Superior, dice que *a su muerte encontraron unos paños menores que, de puros remiendos, no se sabía cuál era la pieza primitiva. Y algunos decían que los tenía desde hacía más de dieciocho años. Colocados al suelo, se tenían tiesos. Los lavaba a hurtadillas*⁴⁵.

Si veía en el suelo un pedacito de hilo, lo guardaba y decía que aquello habían de hacer los frailes menores. Las agujas despuntadas, que los otros arrojaban como inútiles, las recogía y sacaba puntas en una piedrecita de amolar que para ello tenía. Recibía las sandalias viejas desechadas y las remendaba. Encendía las lámparas con unas astillas por no gastar cera y por guardar en todo la santa pobreza. Vio a un religioso una vez derramar por descuido unas gotillas de aceite y, con gran celo de la pobreza, le reprendió diciendo: “¿Eres pobre?”.

*Los hábitos desechados de los otros, más estrechos y groseros, esos habían de quedar para él, porque nunca quería tomar ropa nueva. Una vez que por fuerza le hicieron tomar un hábito nuevo en Jumilla, viendo después que faltaban para otros las nesgas, dio las de su hábito, diciendo que a él bastaba lo demás, que era de cuerpo enjuto, y así cosió su hábito sin nesgas como un costal estrecho y se lo puso; de suerte que apenas podía alargar el paso cuando caminaba. Y siendo por eso ultrajado de ciertos eclesiásticos con palabras muy ásperas en la ciudad de Murcia, no sólo no se quejó, sino con grande alegría se echaba la culpa, cuando le trataban de ello*⁴⁶.

En la comida era tan pobre que las migajas y mendrugos que sobraban en las alforjas eso era su pan; y la escudilla que comía todo el tiempo que estuvo en Jumilla, era de lo que sobraba el día antes en la olla de los pobres. Porque era

⁴⁴ Proceso diocesano 3393, p. 522.

⁴⁵ Proceso diocesano 3393, pp. 513 ss.

⁴⁶ Ximénez, pp. 303-305.

muy ordinario al santo no comer sino algún rábano o lechuga de las que desechaban los otros frailes ⁴⁷.

En su celda no tenía sino una frazada (manta) vieja y rota y una cruz de madera y un papel de la imagen de Nuestra Señora con un tintero de caña donde tenía la tinta con que escribía sus dos libros, los cuales son tan pobres en el papel y en su escritura que ni consienten márgenes, ni distancias entre los renglones, ni que se pierda media línea ⁴⁸.

Cuando los demás comían carne, él comía muchas veces solo pan. Otras veces sólo el caldo y, para mortificarse, lo dejaba enfriar, porque carne rarísimas veces la comía y casi nunca cenaba. Comúnmente todos los viernes ayunaba a pan y agua y, aun en sus principios por más de diez años, ayunó los tres días de la semana a pan y agua. Nunca comía fuera de la comunidad, aunque fuese una mínima fruta ⁴⁹.

Cuando estaba enfermo, no quería ningún género de alivio que a los otros suelen hacer, porque no quería colchón ni sábanas. Para ponerse en cura era compelido (obligado) por la obediencia y mandato de su Superior. Tenía en la enfermedad mucha paciencia, porque nunca se le vio quejar ni aun suspirar con ningún grave dolor. En faltarle la calentura (fiebre) luego se levantaba y se iba al coro o a la capilla a orar...

En Almansa su cama era una estera sobre el suelo y un palo por cabecera con una sola manta raída y vieja con que se cubría. Allí estuvo mucho tiempo bajo la campana en una celda tan pobre que no tenía puerta ni estaba del todo cubierta por arriba. Otras veces, cuando ya era viejo, dormía sobre unas tablas con un pellejo encima; y para que, ni aun durmiendo, tuviese el cuerpo perfecto descanso, se encogía en la cama juntando la boca con las rodillas y liándose la frazada al cuerpo. De esta suerte, arrimado a la pared y no acostado, dormía. Y era tan poco lo que así reposaba que se le contaban tres horas escasas cada día de sueño ⁵⁰.

Para él lo más importante era obedecer. Por eso, en una ocasión el padre provincial, al verlo ayunar a pan y agua, le envió un pescado exquisito y se lo comió con gusto. Al decirle el fraile servidor que dónde estaba el ayuno, le respondió sonriente: *Siempre es mejor la obediencia que el ayuno* ⁵¹.

⁴⁷ Ximénez, p. 306.

⁴⁸ Ximénez, p. 307.

⁴⁹ Ximénez, p. 310.

⁵⁰ Ximénez, pp. 315-316.

⁵¹ Proceso diocesano 3393, p. 120.

LA CARIDAD

Era tanta su caridad que a nadie dejaba marchar sin darle algo, aunque fuera unas palabras de consuelo. Fray Cristóbal López declaró: *El bendito fray Pascual tenía especial don de Dios y gracia en consolar a los atribulados y afligidos como yo mismo lo experimenté muchas veces en ocasiones de desconsuelo, en las cuales acudía al bendito fray Pascual... Sus palabras alegraban el alma y despertaban a devoción. Qué bien se echaba de ver que salían de la fragua del amor divino que en el pecho del santo había, pues así consolaba espiritualmente a los que le oían y comunicaban*⁵².

*Estando el santo en Valencia de portero, había allí un religioso que tenía costumbre de hacer cada noche la disciplina (darse latigazos) con tanto rigor que atronaba toda la iglesia. Estaba en ella el santo en oración, en la cual le reveló el Señor ser aquella disciplina tentación del demonio... Se levantó de la oración y, viniéndose hacia el fraile que se azotaba, comenzó el demonio a huir de él, mientras se venía acercando. Y esto lo pudo ver el mismo fraile, queriéndolo así el Señor, porque iba dejando y despidiendo de sí el demonio un hedor tan grande de piedra azufre que le parecía ser imposible haber tal hedor en cosa de la tierra. Y juntamente se le erizaron los cabellos y quedó espantado hasta que llegó el santo a él y le dijo: “No te azotes, hermano, de esta manera, que es tentación del demonio. Mira que, con cuatro o cinco azotes recios que te des en un lugar de tu cuerpo, amortiguas la carne y después no duele más allí y no sirve el azotarse y dar trabajo a la Orden y relajarse el religioso con título de necesidad y poca salud”*⁵³.

*Un día, estando de camino saliendo de la villa de Alcira con grandes lodos, y viendo atollado y caído un jumento con su carga y llorar al muchacho que lo traía, todo encendido de caridad, acalló y consoló al niño. Y, aunque era tarde y el lodazal grande, se metió el santo en él y allí descargó el jumento y, sacándolo del atolladero, lo volvió a cargar con singular alegría y piedad*⁵⁴.

Fray Juan Baños refiere que fray Pascual *resplandecía en caridad tanto con los religiosos como con los seglares; en particular, con los que le manifestaban su necesidad. Y así, habiéndole mandado un día el guardián que reservase un vino que se había traído para algún enfermo o necesidad, le mandó, por santa obediencia, que a nadie diese el dicho vino. Yo, para probarle, fingí un dolor de estómago y le dije:*

⁵² Proceso diocesano 3393, pp. 380 ss.

⁵³ Ximénez, pp. 228-229.

⁵⁴ Ximénez, p. 206.

- *Fray Pascual, hágame la caridad de un poco de vino.*

Apenas se lo dije, cuando ya lo bajó. Yo, mirándole al rostro, le dije:

- *Pues ¿cómo, hermano, tiene en tan poco la obediencia?*

Y el bendito santo me respondió:

- *Hermano, la caridad, cuando hay necesidad, no me obliga a la obediencia, porque es más que ella. Yo, hermano, acudo a su necesidad, pero si me engaña no tengo yo la culpa, que estoy obligado a creerle, particularmente siendo religioso.*

Entonces le devolví el vino, manifestándole que lo había hecho para probarle. Y el bendito santo me dio algunos consejos acerca del amor fraterno. Tenía yo mucha confianza en Dios que había de hacer su Majestad divina grandes maravillas por su intercesión. Y en particular, un día, teniendo yo el pie muy hinchado, pareciéndole al santo que iba muy apesadumbrado, me dijo:

- *Hermano, ¿quiere que le dé un azote con las disciplinas en este pie y puede que castigándolo esté bueno?*

Respondí:

- *Sí, hermano.*

Y sacando las disciplinas de la manga, porque siempre las llevaba consigo, fueme a dar. Y entonces yo huí el pie, entendiendo después por la opinión que le tenía, que, si esperara y me diera, fuera Dios servido de concederme la salud; y así me dijo el bendito santo otro día: “Ya estaría bueno si llevara el azote”⁵⁵.

Fray Marcos Gil certificó: Teniendo yo tal opinión de santidad sobre el bendito fraile, con quien conviví doce años en diversos conventos, le solía rogar que me encomendase a Nuestro Señor. Y en particular, me acuerdo que, despidiéndome de él en la portería del convento de San Juan Bautista de Valencia, le rogué insistentemente que rezase un avemaría por mí. Y, abrazándome, el bendito fraile me dijo: “Vaya con Dios hermano, que más me

⁵⁵ Proceso diocesano 3393, pp. 286 ss.

*debe de lo que piensa. De lo cual me he acordado muchas veces y creo que Dios me ha librado de males y concedido gracias por sus oraciones”*⁵⁶.

Fray Pedro Aranda declara: *Lo que particularmente consideraba en él era la grandísima caridad que tenía para con los pobres y con todos los que venían a la puerta, a los cuales jamás sabía negar cosa que le pidiesen. Tanto que, como yo era hortelano, le reñía con cólera y palabras ásperas, porque el dicho bendito fraile daba cuanto había en la huerta. El bienaventurado soportaba estas palabras no respondiendo; antes, mostrando una risica en la cara, pasaba adelante en su fervorosa caridad. Y diciéndole algunas palabras apasionadas, con las cuales se había de encender con alguna cólera, como decirle de aragonés y tozudo, respondía sin ningún enfado, con el rostro alegre, que tenía razón*⁵⁷.

Fray Martín Navarro manifiesta: *El bendito fray Pascual se señaló en la caridad sobre todas las virtudes. Porque siendo portero y refitolero juntamente, era tanto el amor que a los pobres mostraba, que se desentrañaba por hacerles limosna y enviarles consolados. Para lo cual, todos los días guisaba una olla de berzas, y juntando a ella lo que sobraba de la mesa de los religiosos, lo daba a los pobres: a cada uno, una o dos escudillas; a los que tenían más necesidad, con un poco de pan; y con esto quedaban satisfechos. Como un año de aquellos fuese muy estéril, y los pobres experimentaban tanta caridad con el bendito fray Pascual, acudían tantos cada día, que algunas veces le parecía imposible dar ración a todos y contentarlos. Y como yo fuese limosnero, y el que proveía de pan al convento con otros mis compañeros, y me costase mucho proveer de limosna al convento, le iba muy a la mano al bendito fray Pascual, diciéndole que no diese tanto a los pobres. Y el dicho bendito fray Pascual respondía: “Hermano, confíe en el Señor, que no nos faltará, antes entienda que por cada mendrugo de pan que demos a un pobre, se nos abren a nosotros dos puertas más para darnos limosna”.*

Mostraba el bendito fray Pascual mucha afición a los estudiantes pobres, a los cuales, entrándolos dentro de casa, les daba de comer de por sí, y regalaba con mucho amor. Y decía que así se debía hacer, porque de aquellos pobres estudiantes suelen salir algunos eminentes hombres, que son de mucho provecho para la Iglesia de Dios.

Habiendo proveído un día, de tarde, yo y dos compañeros míos con tres grandes alforjas de pan con que al día siguiente se podía sustentar el convento para comer y cenar, llegados a la mañana siguiente, para el cual el dicho pan

⁵⁶ Proceso diocesano 3393, p. 424.

⁵⁷ Proceso diocesano 3393, pp. 34 ss.

había de servir, me dijo el bendito fray Pascual “Hermano, provea de pan para comer, porque no hay bocado”.

Y le dije yo: “¿Cómo? ¿No trajimos, yo y mis compañeros, pan para comer? ¿Cómo ya no hay pan? Hermano fray Pascual, usted tiene la culpa, porque todo el pan da a los pobres.

Yéndome al refectorio, no hallé bocado de pan. Pero partiendo de allí a la portería, hallé que todavía tenía allí fray Pascual una cesta de pan, de que iba dando a los pobres. Tomando la cesta en presencia del dicho bendito fray Pascual, me fui con ella al Prelado y le dije estas palabras: “Hermano guardián, ¿cómo es posible que este fraile se ha de ir al cielo a nuestra costa? ¿Voy yo y mis compañeros todo el día dando vueltas por la ciudad, buscando pan de limosna, y este fraile lo da a los pobres, y usted lo consiente?

A lo cual respondió el Prelado, que era un religioso muy antiguo y grande siervo de Dios, llamado fray Andrés de San Antonio: “Hermano, ¿qué quiere que le haga? Fray Pascual es un santo.

Saliendo fray Pascual de la celda del guardián con la cesta, fue cosa de maravilla, que yendo al refectorio, distribuimos el pan para las raciones de los religiosos, y hubo de ella bastante para todos, que eran en número de cerca de cuarenta frailes, con ser la cesta no más capaz de media alforja de pan. Lo atribuyo a un milagro de nuestro Señor.

Cuando repartíamos el pan, yo reprendía al bendito fray Pascual de muy pródigo y liberal contra la pobreza. Y fray Pascual me respondió: “Calle, hermano, que no tiene fe”.

De lo cual me enojé algo. Y, notándolo fray Pascual, se arrojó a mis pies y me los besó, pidiéndome perdón con mucha humildad. De todo lo cual colijo que fray Pascual era santo y que todo el celo y amor que tenía a los pobres le llevaba a querer emplear todo en servicio y regalo de ellos. Cuando yo llevaba la cesta a enseñarla al Prelado, el bendito fray Pascual me iba detrás con una mansedumbre extraña, diciendo como sonriéndose: “Hermano, no lleve la cesta al Prelado”.

Y me tiraba del manto. Es más. Habiendo un día muchísimos pobres en la portería del convento, dije al bendito fray Pascual: “¿Por qué no despide a algunos? ¿No ve que son muchos, y que no hay pan para todos?

Me respondió el bendito fraile: “No quiero despedir a ninguno, porque no sé si despediré a Nuestro Señor Jesucristo en alguno de ellos”.

*Digo además que fray Pascual tenía tanta caridad con los religiosos, que acudía a todo cuanto podía con un amor como de madre*⁵⁸.

*Si tocaban la campanilla de la portería, acudía a abrir la puerta... Llegaba a la puerta y allí daba a chicos y grandes lo que buscaban de tan buena voluntad que quedaban admirados de su dulcedumbre, afabilidad y gracia. Ninguno se iba descontento de la portería. Y, aunque viniesen muchos por ensalada, coles y otras yerbas de la huerta, a todos daba. Su extraña caridad no consentía decir un no y con todo les parecía a los frailes que nunca hacía mella en la hortaliza*⁵⁹.

Era tanto su amor a los pobres que, según declaró fray Carlos Gil, era de la opinión que los frailes en sus viajes deberían llevar uno o dos panes, no para sí, sino para socorrer a los pobres que encontrasen en el camino⁶⁰.

El padre Cristóbal López asegura que *todos los días había colas en la puerta del convento para recibir alimentos y a nadie le faltaba, aunque fueran años de escasez. Por lo que muchos opinaban que Dios multiplicaba los alimentos en sus manos*⁶¹.

Fray Juan Rodríguez declaró que *recibía el santo su porción de sopa y carne e iba dilatando el comerlo, disimulando, hasta que finalmente lo enviaba a la cocina para la comida de los pobres*⁶².

*Después de comer, acudía a concertar (preparar) la olla que había de dar a los pobres a la puerta, a los cuales les hacía primero hincar de rodillas y, él con ellos, decían las oraciones; y después de haberles dado de comer, se volvía a poner de rodillas con ellos y daba gracias a Nuestro Señor. Andaba en repartir tan embebido que no veía a quien le estaba mirando como yo lo experimenté y otros religiosos que estaban delante de sus ojos y no nos vio ni miró en gran espacio de tiempo. Y diciéndole su guardián en Villarreal: “Mire, hermano, que hay algunos mozuelos que andan hechos vagabundos y no quieren trabajar, confiando en su limosna; no se la dé”. Respondió: “Hermano, la limosna la doy por Dios, ¿qué sé yo si al que se la niego es Jesucristo?”*⁶³.

⁵⁸ Ib. p. 513.

⁵⁹ Ximénez, p. 148.

⁶⁰ Proceso diocesano 3393, pp. 424 ss.

⁶¹ Proceso diocesano 3393, pp. 380 ss.

⁶² Proceso diocesano 3393, p. 10.

⁶³ Ximénez, p. 159.

*Aconteció un tiempo que venía a la portería de Villarreal un pobre viejo de edad de cien años, que había sido hombre rico. A éste le guardaba siempre la ración de carne que a él le daban en el refectorio, fingiendo que la comía, escondiéndola para traerla al pobre viejo. De esta suerte, le sustentó y sirvió con gran reverencia en pie, como si fuera su padre, hasta que murió, teniéndose por más satisfecho que la comiera el pobre de Cristo que él*⁶⁴.

Estando en Villarreal, un año de mucha carestía, el padre guardián, fray Jaime Castellón, le mandó a fray Pascual que no repartiera comida hasta el mediodía para no escandalizar a los fieles que se quitaban un pan de la boca y después podían ver que él lo daba con tanta liberalidad. Pero el santo no pudo aguantar más de dos días, porque le atravesaba el corazón tener que despedir a algunos que estaban de camino sin nada. Por ello, acudió al Superior y le pidió por caridad que pudiera dar limosna a cualquier hora. Y el Superior tuvo que ceder y le dijo: *Hermano fray Pascual, le doy licencia para que dé a los pobres cuanto le pareciere y hallare en esta casa, y a la hora que gustare*⁶⁵.

*Ocurría, a veces, que no tenía nada que dar y entonces daba al pobre un ramito de flores y quedaba tan contento*⁶⁶.

Así lo dice también el padre Ximénez: *Cuando en la huerta no había lo que le pedían, por no despedirles y enviarles con las manos vacías, les daba otra cosa. Y cuando no podía más, les daba un ramo de flores*⁶⁷.

LA HUMILDAD

Como hermano de obediencia o lego, como decían en su tiempo, hacía las tareas más sencillas del convento. Atendía a todos los religiosos como enfermero, barría, lavaba, planchaba, cosía, remendaba y hacía toda clase de trabajos en la cocina, en el comedor, en la huerta, en la sacristía o en la portería.

Estando de portero de San Juan Bautista de Valencia, el guardián, que era un fraile muy viejo, le dio una excesiva reprensión en el refectorio, delante de toda la comunidad, diciéndole al santo unas palabras que a otro le hicieran perder los estribos de la paciencia. Entre otras cosas le dijo: “Muy confiado estáis, ya os parece que tenéis el tesoro ganado en las manos”.

⁶⁴ Ximénez, p. 160.

⁶⁵ Proceso diocesano 3393, p. 17.

⁶⁶ Proceso apostólico 3395, p. 942.

⁶⁷ Ximénez, p. 151.

Estaba el santo en medio del refectorio, arrodillado, con una cara celestial, como si oyera decir de sí grandes loores. Y estaban los religiosos con gran dolor de ver tratar así a un fraile tan santo, sólo por haber puesto en el claustro una túnica al sol, sin otro motivo ni culpa. Acabada la reprensión, como es costumbre, se fue el santo a besar los pies del Superior. Y porque habían llamado a la puerta, acudió a abrir. Detúvose un poco y, pensando un religioso, llamado fray Juan Insulano, hombre muy prudente, que la detención debía de ser por haber quedado algo atribulado de la reprensión tan áspera y dura, le llamó después aparte y le dijo: “Hermano Pascual, tenga paciencia”.

Y el santo, con toda medida y naturalidad, le respondió: “Entienda, hermano, que el Espíritu Santo ha hablado por boca del hermano guardián. Y ojalá mereciere yo todos los días semejantes mercedes”⁶⁸.

Cuando salía del convento a pedir limosna por los pueblos, lo primero que hacía era pedir la bendición del Superior y después iba a arrodillarse unos momentos ante Jesús sacramentado para pedir también su ayuda y bendición. Al regresar, iba al encuentro del Superior y, arrodillado, avanzaba un poco pidiéndole la bendición, como asegura el padre Castellón⁶⁹.

Cuando le acompañaba algún religioso, pues iban siempre al menos dos, le hablaba por el camino de Dios, rezaban el Oficio de Nuestra Señora del que era muy devoto desde sus tiempos de pastor y, a veces, se detenían en la sombra para rezar una estación a Jesús sacramentado. Al llegar a un pueblo, se presentaban en la casa parroquial para pedir la bendición del sacerdote y visitar el Santísimo Sacramento y, después, iban a pedir por las casas.

A veces lo acompañaba algún seglar. Uno de ellos fue Jaime Alfajari, gran amigo del santo. Su esposa e hija no querían que fuera por ser asmático, pero fray Pascual no se dejaba ganar en generosidad y pedía bendiciones para todos sus bienhechores, consiguiendo muchas veces la salud. Por eso, en este caso, el santo le impuso las manos sobre el pecho y la enfermedad desapareció por completo⁷⁰.

Él no se preocupaba de buscar jumento para traer la limosna, se sentía con fuerzas para traerla a cuestras, aunque fuese mucho peso y largo camino, como se vio en el convento de Jumilla y en el de Játiva y Loreto, donde salió un día a aquellos pueblos a pedir aceite y, habiéndole dado algunos cántaros, no buscó jumento sino que, poniéndolos en sus angarillas o aguaderas, se los echó

⁶⁸ Proceso apostólico 3395, p. 942.

⁶⁹ Proceso apostólico 3395, p. 767.

⁷⁰ Proceso apostólico 3395, p. 743.

a cuestras y así vino por la carga un camino de más de media legua. Topáronle algunos en el camino y le dijeron: “Válgame Dios, padre, ¿no habrá un jumento? Y él respondió con increíble humildad y mucha gracia: “¿Qué mayor jumento que yo?”⁷¹.

Un compañero de limosnas del santo refiere: Estando yo en el convento de Játiva, siendo guardián de él fray Luis de Aracil, era fray Pascual limosnero y portero y fuimos los dos juntos a hacer la limosna de las pasas por aquellos valles de moriscos... Todo aquel camino fuimos hablando de Dios, rezando el oficio de Nuestra Señora, y, en parando en alguna sombra, siempre rezábamos la estación del Santísimo Sacramento. Y en cada villa que llegábamos, lo primero que hacíamos era ir a la iglesia y tomar la bendición de los sacerdotes con mucha alegría, hablándoles cosas de Dios. Y acabando de pedir, nos salíamos y, si algún pedazo de pan nos habían dado, lo comíamos fuera del pueblo y no quería el santo jamás comer con los que le convidaban⁷².

El padre Juan Jiménez, hablando de su humildad, refiere que, cuando obligado por la obediencia era presidente del convento de Jumilla, no lo parecía en su persona, porque no quería que le tomasen la bendición. Y como por fuerza debía abrir la puerta, porque era al mismo tiempo portero, luego que abría se escondía detrás de la puerta para no verse reverenciado como Superior⁷³.

LA ALEGRÍA

Fray Pascual era un religioso que siempre estaba alegre. Su vida de unión con Dios le daba una alegría tan grande que no lo podía ocultar y cantaba para desahogar su corazón lleno de amor de Dios. Sobre todo, cantaba coplas al Santísimo Sacramento.

Tenía mucha alegría, cuando iba a pedir limosna y mendigar de puerta en puerta... Llegando a cualquier puerta, decía en alta voz: “La paz del Señor sea con esta casa, loado sea Nuestro Señor Jesucristo; una limosna a los frailes de San Francisco por amor de Dios”. Y cuando iba por las calle cogía cuantos pedacillos de paño o retazos de lienzo o hebras de hilo hallaba y aun algunos papelillos, si tenían algo de blanco, para aprovecharlo todo. Los retazos le servían para remendar su vestido y el papel para su libro, que luego cosía y componía para escribir en él. Venía después con su limosna muy contento y, entrando en su convento, se iba derecho a donde estaba su Prelado (Superior)

⁷¹ Jiménez, pp. 165-166.

⁷² Jiménez, pp. 170-171.

⁷³ Jiménez, p. 300.

*con la alforja al hombro y, en llegando cerca, hincaba las rodillas en tierra y venía andando de rodillas hasta llegar a besarle las manos con maravillosa alegría de espíritu*⁷⁴.

CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

Su caridad no se reducía a dar ayuda material a los pobres. Antes de darles de comer les hacía rezar; y, después, les hacía dar las gracias a Dios. Su celo espiritual le llevaba a desear para todos la salvación eterna.

Fray Bartolomé Pastor declaró en el Proceso que vio en el bendito fray Pascual un fervorosísimo celo de la salvación de las almas y bien espiritual de los prójimos, y así, siempre que se ofrecía ocasión, persuadía a la virtud con tanto fervor que bien mostraba el fuego de la caridad que ardía en aquel santo pecho. Y con tanta erudición exhortaba, que más parecía consumado teólogo que fraile simple, y por esta grande caridad le revelaba Nuestro Señor la conciencia de sus prójimos, y por su medio la remediaba. Y caminando una vez el bendito fraile con el susodicho testigo, estando todos a la mesa comiendo, dijo el bendito fray Pascual al hermano huésped: “Hermano, confiésese, pues tiene ahora ocasión del hermano predicador”.

De esto se admiró dicho testigo, por verle hacer cosa que no acostumbraba. Y el hombre le respondió: “Yo iré el domingo al convento y me confesaré”.

Y al cabo de un rato le volvió a persuadir que se confesase. Y también lo desvió el hombre con las mismas palabras. Y el que esto testifica se disgustaba dentro de sí, notándole de simple, por ver que con tanta insistencia persuadía a que se confesase al que no estaba aparejado y sin el conveniente examen de conciencia que se requiere. Finalmente replicó el bendito fraile, la tercera vez, que se confesase. Y el buen hombre respondió: “Pláceme. Yo me confesaré luego”.

Y excusándole este dicho testigo, el hombre le esforzó. Y la primera cosa que le dijo el penitente fue: “Padre, yo creo que fray Pascual ha tenido revelación divina de un pecado mortal que yo he cometido estos días, que otra cosa no me acusa la conciencia, por la misericordia de Dios”.

Pero bien se acuerda este testigo que luego lo pensó y dijo entre sí: “Verdaderamente este bendito fraile ha tenido revelación de Dios por su tanta

⁷⁴ Ximénez, pp. 163-164.

*caridad, y ha querido su divina Majestad hacer a este devoto nuestro esta grande misericordia por lo que él ha hecho con nosotros, recibiéndonos”*⁷⁵.

Veamos otro caso: Había en una ciudad un singular devoto de los frailes, y en especial del bendito fray Pascual. Incitado del espíritu de fornicación, este seglar había convenido con una mujer hora y lugar para ofender a Dios y a su marido, con grave peligro de la vida propia y de su cómplice. Porque el marido y parientes andaban recelosos y con las armas en la mano para darles muerte a ambos por la afrenta. Caminando, pues, el mentado seglar adonde le tenían preparada ya la celada, sin sospechar nada de esto, oyó como el sonido de una campanilla que iba tras él siguiéndole los pasos y tocando. Miró por todas partes porque, aunque de noche, hacía luna clara. Y no vio nada. Por lo que prosiguió su viaje e intención. Volvió a oír el sonido de la campanilla y tomó en manos las armas de que iba pertrechado, pero tampoco vio nada. Aunque espantado, no dejaba su intento y prosiguió el viaje. La campanilla se dejó oír de nuevo, y de modo tan claro, que parecía la traía en sus pies. Movidó por Dios, recapacitó y determinó volver sobre sus pasos.

—No quiero pasar adelante —se dijo—, que por ventura, Dios me amonesta en esto que oigo.

Y así, cambiando de propósito y de ánimo, comenzó a rezar con devoción el rosario. Tal sería la conmoción que le produjo el mencionado sonido de la campanilla. Al día siguiente, hablando con la mujer, le preguntó ella cómo no le había cumplido la palabra. Y excusándose él como pudo, le replicó la mujer: “Hermano, no digáis eso, sino que Dios os quiso bien en estorbar vuestros intentos, pues nos hubieran dado muerte a los dos”.

Y le contó la celada del marido y parientes. Admirado del caso, se fue al convento. Y apenas lo vio el santo fray Pascual le dijo: “Hermano, rato ha que os esperaba para reñiros de vuestros extravíos, porque, por querereros tanto, he pasado la más mala noche de mi vida.

Y preguntándole: “Padre, ¿por qué ha tenido mala noche por mí?”. El santo fray Pascual le respondió: “En procurar que no perdierais la vida y el alma”. Y prosiguió y le dijo: “Acordaos que vuestro padre por engendraros pasó esto y esto por vos”.

Y le contó cosas que no las podía saber en forma alguna, sino por revelación. Le contó cosas que estaban por venir y se cumplieron fielmente. El

⁷⁵ Proceso diocesano 3393, p. 40.

*interesado quedó muy edificado de la solicitud del santo fray Pascual y de la mucha caridad con que socorría al prójimo*⁷⁶.

Martín Crespo manifestó: *Habiendo muerto mi padre, Pedro Crespo, con muerte violenta el año de 1564 y habiendo sido persuadido e importunado por muchas personas religiosas y seculares, como fueron el cura de esta universidad, llamado Mosén Serra, y por Mosén Carranza, caballero de mucho respeto, y por los oficiales de justicia de dicho pueblo, y por mi propio tío, Cristóbal Blanco, a quien tenía mucho respeto y obligación, y era persona que valía, y por otras muchas personas de calificación y consideración, nunca quise perdonar a los matadores de mi padre, aunque mi madre y hermanos mayores ya habían perdonado. En el año de 1567, en el día de Viernes Santo, celebrándose en el Calvario que está junto a dicho pueblo de Monforte, el desenclavamiento de la cruz, y predicando un religioso de la Orden de Santo Domingo, en el discurso del sermón persuadió mucho que perdonasen las injurias. Y dijo muchas cosas acerca de esto; de manera que todos entendían que hablaba y predicaba aquello a fin de que yo perdonase. Y así me levanté y me fui del auditorio.*

El religioso acabó en seguida su sermón, visto que me iba. Y fue tras de mí, y llamó al padre Gaspar de Tordesillas, custodio que era entonces de lo que es ahora la provincia del Bautista, que había venido con sus religiosos a ver el descendimiento de la cruz y la procesión de disciplinantes que en tal día se suele hacer. Era el mencionado padre un viejo venerando y gran siervo de Dios. El predicador lo llamó para que le ayudara a persuadirme del perdón, lo cual no pudieron recabar de mí.

Estando de vuelta la procesión a la iglesia de la Sangre de Cristo, de dicho pueblo, el bendito fray Pascual me tomó de la mano y me apartó y me rogó que por amor de Dios perdonase la muerte de mi padre. Y con estas sencillas y llanas palabras del bendito fray Pascual se me ablandó tanto el corazón, y me halló tan atado, que ni supe, ni pude decir otra cosa, sino que perdonaba por amor de Dios a los que habían matado a mi padre. E hice más, que no sólo perdoné en lo exterior, sino también en lo interior, quedando el corazón libre de todo rencor y odio. Y desde entonces jamás he tenido deseo de venganza, aunque ha habido ocasiones para ello. En especial una vez, que hallé uno de los matadores durmiendo en parte remota, que a mi salvo lo pudiera matar, y no tuve movimiento alguno de venganza, acordándome de lo que el santo me había dicho y persuadido.

Muchas veces he considerado esta obra del perdonar, y me causa grande admiración y espanto ver que nadie me pudiera persuadir en tanto tiempo y con

⁷⁶ Ximénez, pp. 221, ss.

*tantas razones, sino el bendito fray Pascual Bailón, a que perdonase. Por lo que se debe tener por cierto que se debe atribuir a la vida y santidad de fray Pascual, a quien Dios Nuestro Señor dio tanta gracia, por su infinita misericordia, de mudar las voluntades y atraerlas a la obediencia y resignación a la voluntad divina*⁷⁷.

Fray Bartolomé Pastor, sacerdote y predicador, fue testigo y protagonista con el santo del siguiente caso. Las palabras del bendito fray Pascual eran de tanta virtud y eficacia que por endurecidos e indignados que estuviesen los corazones, con pocas y blandas palabras, se enternecían y rendían a lo que el bendito fraile quería. Una vez, en la villa de Jumilla, enviándome el guardián para que persuadiese a un hombre, que había recibido notable agravio, el perdón de la injuria, llevé por compañero al bendito fray Pascual. Y persuadiéndole al hombre con muchas razones y autoridades de la Escritura y ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo y santos, el injuriado no solamente no se aplacaba, sino que se indignaba más y más. Y perseverando yo en la persuasión, se vino a indignar tanto contra mí, que me pareció que me quería arremeter, e hizo ademán de ello. Y en eso, llegó un hermano devoto de la Orden, diciendo:

- *Padre, una palabra.*

Y volviéndome para oírle, me dijo:

- *Lo que yo quiero es suplicarles que no suban al convento sin que pasen primero por mi casa.*

Y respondiendo yo que lo haría, se fue el hombre devoto. Y entretanto que hablamos esas palabras, el bendito fray Pascual habló con el hombre agraviado, y las pocas palabras que le dijo, me parece podían ser sólo éstas: “Hermano, perdonad, por amor de Dios”.

Estas simples palabras habían hecho tanta mella en aquel corazón, que volviéndome yo con propósito de despedirme y dejarle como endurecido, vi que estaba súbitamente trocado y con mansedumbre, diciendo: “Padre, yo lo perdono por amor de Dios y hágase todo como vos quisieréis”.

*Y vista esta tan repentina mudanza y tan maravilloso efecto, me acordé de lo que había oído decir en semejante caso, que habiéndole a un mozo matado a su padre, y rogándole muchos letrados que perdonase, no habían recabado nada, hasta que le habló el bendito fray Pascual*⁷⁸.

⁷⁷ Proceso diocesano 3393, pp. 462 ss.

⁷⁸ Ib. pp. 44 sss.

Fray Martín declaró: *Conocía en la ciudad de Valencia a un hombre que hacía cuerdas de vihuela, francés de nación, a quien llamaban Mestre Guillem, el cual era muy devoto de los frailes de San Francisco y me daba muchas veces cuerdas de vihuela para hacer disciplinas; y por el mismo caso le trataba e iba muchas veces a su casa. Sucedió que al dicho Mestre Guillem le tomó un mal de melancolía o un accidente tan malo y tan perverso que, estando sin calentura ni dolor, se retiró de oír misa, confesar y comulgar y de hacer obras de cristiano. Esto causó mucha pena a la mujer del dicho Mestre Guillem y a una hija suya, llamada Joaquina. Las cuales, para remedio de aquel mal, llamaron a varios religiosos de diversas Órdenes, y a algunos padres teatinos, para que le exhortasen y persuadiesen, a fin de que, desechando imaginaciones, hiciese obras de buen cristiano*⁷⁹.

Aunque los despedía (a los consejeros) el dicho Mestre Guillem con buenas palabras de que lo haría, nunca lo ponía por obra. Con lo cual quedaban la mujer e hija lastimadas y con grande temor no les echase mano la Inquisición, porque, como fuese francés, temíase no fuese hombre sospechoso en la fe.

Un día, pasando yo por su casa pidiendo limosna, salieron su mujer e hija a la puerta, y me contaron todo lo que había pasado al dicho Mestre Guillem, y cómo le duraba aquel mal, tres o cuatro meses, y que todavía estaba en lo mismo. Por lo cual me rogaron que procurase encomendar a algún religioso del convento que pidiese a Dios por él. Y ofreciéndome a hacerlo, viniendo al convento, conté al bendito fray Pascual muy por menudo lo que pasaba al dicho Mestre Guillem. Y le rogué que le encomendase a Dios. A lo cual fray Pascual mostrando mucha lástima, dijo: “Yo lo haré, hermano, de muy buena gana. Vuestra caridad procure de traerle algún día por acá, porque yo le quiero hablar.

Lo procuré, y viniendo el dicho Mestre Guillem en compañía de su mujer e hija, que lo trajeron un día de fiesta por la tarde, pidieron a la portería del convento por mí. Viendo al dicho Mestre Guillem, dije a fray Pascual, que estaba presente: “Hermano fray Pascual, aquí está el hombre de quien le dije el otro día y a quien usted quería hablar”.

Entonces el bendito fray Pascual recibió al Mestre Guillem, y paseándose por el huerto de San Juan Bautista, se entretuvo con él más de una hora. Y fueron tales las palabras que el bendito fray Pascual le dijo al Mestre Guillem en aquel tiempo, y le hicieron tal impresión, que le trocaron y mudaron en otro hombre del que era antes. Y al tiempo que el Mestre Guillem salía de la portería

⁷⁹ Proceso diocesano 3393, p. 287.

del convento, me dijo: “Hermano fray Martín, verdaderamente ese padre que me ha paseado por el huerto y me ha hablado es un santo. Miren mucho por él, y ténganle en gran estima.

La mujer e hija daban fe de ello siempre que eran preguntadas ⁸⁰.

LA ORACIÓN

La oración de fray Pascual era de alta contemplación y se pasaba muchas horas de la noche ante el Santísimo Sacramento, adorando a su Dios y Señor y haciéndole compañía.

Estando en Jumilla, un día, iba el santo por la huerta y el bosque del convento desahogando el fuego de su interior, hablando en voz alta, suspirando y cantando, loando a Dios, creyéndose solo. A veces, se arrodillaba; otras, elevaba los brazos al cielo o besaba los árboles por el entusiasmo y alegría de su espíritu. Ebrio de amor divino, expresaba sus sentimientos de mil maneras en aquella vasta soledad. Pero no se hallaba solo. Desde un lugar oculto, un fraile le espiaba. El santo finalmente lo descubrió. Fray Pascual, más bien corrido y con su acostumbrado gracejo y en son fingidamente mohíno, le dijo: “Perdido, ¿por qué me persigues?” ⁸¹.

Si no estaba en su portería o refectorio, lo hallaban en el coro o en la iglesia, donde estaba hasta las nueve y algunas noches más. Estaba gran espacio de rodillas con los brazos en cruz. Otras veces, más de ordinario, puestas las manos juntas y levantadas sobre su rostro, quedando los dos en bajo y sin arrimo del cuerpo. Otras veces estaba postrado con el rostro y boca pegada al suelo y, después, tomada la bendición del Santísimo Sacramento, se iba de allí a reposar a su celda, lo poco que quedaba de la noche hasta Maitines ⁸².

Fray Juan Olarte declaró que *en una ocasión el padre guardián de Villarreal, fray Antonio, Alvero, habló a la comunidad sobre cómo rezar una estación al Santísimo Sacramento, diciendo que en cada padrenuestro se meditase en las llagas de la corona de espinas y en otros en las llagas de las manos, pies y costado de Jesús. Al oír esto el bendito fray Pascual, dijo que no podía entender cómo uno, meditando en una llaga de Cristo podía terminar de rezar el padrenuestro y pasar a otra llaga. Con lo cual venía a decir que creía que todos estaban en tan alto grado de contemplación como él* ⁸³.

⁸⁰ Proceso diocesano 3393, pp. 515 ss.

⁸¹ Panes Antonio, *Vida del beato fray Pascual Baylón*, Valencia, 1655, p, 123,

⁸² Ximénez, p. 162.

⁸³ Proceso apostólico 3395, p. 1117.

Cuando salía de la oración, se le notaba, porque salía con el rostro inflamado e iluminado ⁸⁴.

LA CASTIDAD

Era extremadamente limpio en pensamientos, palabras y obras. Huía de la impureza como del demonio. Cuando era pastor, huía de los compañeros que decían malas palabras o tenían conversaciones poco honestas.

Esteban López manifestó que *lo que más admiraba era ver su grandísima castidad y limpieza, porque con ser mozo y estar en lo más verde de la juventud, conocía en él tan gran disgusto y enfado de conversaciones no castas que de ninguna manera quería oírlas... Admirado, le preguntó una vez: “¿No sentís algunas veces vos las tentaciones y movimientos de la carne?”. A lo cual el santo respondió: “Sí, tengo yo a ratos mis tentaciones carnales, pero cuando me vienen, tomo una vara verde y me doy fuertemente con ella, hiriendo y lastimando la misma carne hasta que, de puro lastimado, se me pasa la tentación”*.

*Un día, convidándoles cierto hombre de Albaterra a él y a su compañero si querían les trajese aquella noche una mujercilla para tenerla a su voluntad, respondió el castísimo mancebo, indignado, como si le hubiera ofendido en el alma y vida: “Si vos tal hacéis, a vos y a ella os echaré a puras pedradas”*⁸⁵.

El padre Ximénez recuerda: *Un día, familiarmente, me comunicó la tentación más fuerte que en esta materia puede ser... Armó el demonio contra el santo una flaca mujer, la cual, ardiendo en el amor del santo, no sabía qué modos tendría para atraerle a su dañada pretensión porque, aunque por una parte el demonio y el buen talle suyo y el conocimiento y voluntad que el santo le tenía, le prometiesen victoria, por otro parte, se le representaba el santo tan casto en su aspecto y palabras que no se atrevía a comenzar esta lucha, teniendo por muy incierta la victoria... El demonio lo tenía afligido y desconsolado al santo con la frecuente imaginación de esta mujer, pintándosela mil veces tan hermosa como suele el hechicero hacer aun de lo muy feo. El santo acudía a sus armas, esto es, al ayuno, disciplinas y, sobre todo, a la santa oración, que es arma de fuego. Pero un día encendió al santo y a la mujer en tan grande fuego sensual que al pobre le fue necesario, mientras los religiosos reposaban la siesta después de comer en verano, irse a la iglesia y allí pedir al Señor*

⁸⁴ Proceso apostólico 3395, p. 460.

⁸⁵ Ximénez, pp. 71-74.

misericordia... La triste mujer por su parte, no pudiendo sufrir la llama ni caber en su casa, tomó su manto y, sin temor al qué dirán, ni del sol y gran calor de aquella hora, se vino hacia el convento de San Juan de Ribera de Valencia, donde el santo era portero, y comenzó a llamar aprisa, tocando la campanilla. El santo salió de la iglesia bien pertrechado de Dios para este asalto.

Llegando a la portería, dijo: “Loado sea Nuestro Señor”. Abrió la puerta y vio delante de sus ojos aquella mujer que interiormente le inquietaba, la cual, aguardando la hora más sosegada, segura y cubierta a los ojos de todos, y habiéndose compuesto y aderezado, se le presentó como otra Helena hermosa y tan apasionada de amor que, sin poderle hablar palabra, se abalanzó con los brazos abiertos para asir al santo y abrazarlo. El cual, ayudado de Dios, rehuyó el cuerpo de tal manera que no le pudo tocar, y con una natural vergüenza la triste mujer, quedando en seco, le comenzó a decir: “¿De qué huye? ¿Pensaba que lo quería abrazar?”. No le respondió el santo y así, cerrando de golpe la puerta y acudiendo a la oración a pedir al Señor auxilio, alcanzó el triunfo glorioso, quedando la dama, como el que la incitó, tan burlados y confusos como el santo contento y victorioso ⁸⁶.

EL PADRE JUAN XIMÉNEZ

El padre Juan Ximénez, a quien estamos citando mucho a lo largo de este libro, fue un testigo excepcional de su vida. Fue su Superior y provincial, y llegó a ser un brillante profesor de Teología.

Fray Pascual hizo en 1575 un viaje a Jerez de la Frontera y, con este motivo, habló con la madre de Juan para que fuera a su convento a ser fraile. Su madre, teniendo Juan 14 años, se lo permitió y el jovencito acompañó al santo en su viaje de Jerez a Valencia. Nos dice fray Juan: *El cuidado que tuvo de mí, el regalo que en este camino me hizo y, después, el amor que siempre me mostró hasta la última boqueada, no quiero decirlo, porque es causa propia y, porque son beneficios que más hay que agradecer con obras que con palabras. A los que estaban en torno a la cama en su muerte, les dijo: “Decidle a fray Juan Ximénez que yo le traje de su tierra”... Sólo diré que en el camino nunca quiso montar a caballo por más ruegos e importunaciones que le hice, ni jamás pude recabar de él que siquiera para descansar del mucho trabajo que traía (porque eran muy largas las jornadas y andaba mucho la mula) montase siquiera un breve espacio de tiempo. Lo que más me admiraba era ver el rigor de su pobreza, porque nunca quería comer de lo que yo compraba en las posadas, sino que, con venir molido del camino, en vez de descansar, se iba (luego que llegábamos a los*

⁸⁶ Ximénez, pp. 386-390.

pueblos) a pedir de puerta en puerta un pedazo de pan por amor de Dios, y no quería comer más. Dormíamos algunas veces en las eras, por ser tiempo de ellas. Y después de haberme acomodado a mí como una madre y cubierto con su manto, se iba a otro lado de la era. Y cuando creía que yo ya dormía, se ponía de rodillas a descansar, puestas las manos junto al rostro y otras veces en cruz. Y digo descansar, porque todo su alivio era la oración y conversación con Dios, de lo cual yo quedaba admirado...

Una noche veníamos con un caballero tratando de la devoción a Nuestra Señora del Rosario. Y el seglar contó cómo Nuestra Señora lo había librado una noche de unos salteadores que, por robarle, le salieron al camino, y dieron tantas estocadas y cuchilladas que lo dejaron por muerto. Y después le echaron a rodar por una cuesta abajo, y acudieron a la maleta de la mula, la cual haciendo corcovos y tirando coces, no se dejó llegar. Y así se les fue delante sin que pudiesen tocar dicha maleta, y él se había hallado sin ninguna herida y lesión por haberse encomendado a la Virgen. Entonces el santo, abriendo sus labios, dijo tales cosas que yo, con ser muchacho, quedé convertido al Señor y determiné hacer libro nuevo de mi vida...

En saliendo del convento de Granada para proseguir su camino, en una calle de la ciudad, un alguacil, que venía a caballo, quiso prender al santo y, diciéndole palabras ásperas, le trató como si fuera un vagabundo perdido. A todo esto siempre estuvo el santo muy paciente, sin responder palabra, ni cambiar la alegría de su semblante. El alguacil pidió y vio la obediencia, es decir, el mandato por escrito que el santo traía de su Superior. Y así le dejó proseguir su camino. Vile con mucha paciencia en otros muchos trances, especialmente en una indisposición de vómitos que le dio al salir de la ciudad de Huéscar.

A todos cuantos topaba animaba a servir a Dios y a sufrir trabajos por su amor. Así lo hizo a un caballero con que nos encontramos que iba a pie, tan pobre que venía pidiendo limosna, por amor de Dios. Unos pastores le habían soltado los mastines estándose a la mira muy risueños de ver cómo le destruían la poca ropa que traía sobre sus hombros. Venía el triste caballero llorando, desgarrada la pobre capa. A cuyo desconsuelo le proveyó el Señor de tan copioso remedio en el santo, que con entrañas más que de padre lo recibió, acarició y regaló, y quiso viniese con nosotros y comiese en nuestra compañía. También le proveyó Dios de otro hermano de la Compañía de Jesús, muy discreto y siervo de Dios, que venía a pie con gran ejemplo, y los dos juntos le dieron muy saludables consejos al mancebo, diciéndole que se volviese a casa de su padre y le fuese obediente, y se confesase y sirviese a Dios y le iría bien. Así lo hizo, porque después topé con el mismo religioso de la Compañía en Valencia,

y me dijo cómo aquel pobre mozo le había ido a visitar muy de otra suerte, vestido como hombre principal, con dos pajes tras sí...

Entre otros trabajos que yo, como muchacho que sabía poco sufrirlos, le di, uno fue que, saliendo de Caravaca con lo recio del sol, comenzándome a abochornar la sed (como en aquellas cuatro leguas que hay hasta Calasparra no había venta ni fuente) dábale notable pena al santo verme desear el agua, y le decía que me quería quedar a la sombra de un pino. Animábame con sus palabras, dándome esperanzas de que hallaríamos por ventura agua. Y se adelantaba y acudía a unas partes y otras con gran fatiga, buscando los hondos, por si acaso hallase algún charco. Y al fin, no hallando en uno sino juncos, los arrancó y me los trajo para que fuese chupándolos y entreteniendo la sed, hasta que llegamos a la acequia junto a la villa. Allí, comiendo primero un bocado, saciamos la gran sed que llevábamos.

Otro día madrugamos para Jumilla, y a una legua de Calasparra, habiendo perdido el camino, seguimos una traviesa y venimos a dar a una acequia tan ancha que no se podía saltar. Tenía un madero atravesado en lugar de puente y era tan delgado, tuerto y jibado, que pasando el santo por él, en medio se torció, y dio consigo en el agua. Salió el santo bien mojado y con grande paciencia, que no fue poco tenerla, viéndome estar de la otra parte riendo como rapaz.

Otro trabajo le di antes que llegásemos al convento de Santa Ana de Jumilla. Que como ya hubiésemos dejado la cabalgadura, y yo fuese tan cansado que le iba diciendo que ya no podía dar más paso, viendo el santo que no quedaba sino poco trecho hasta el convento, me animaba y rogaba que caminase. Y como yo lo rehusase, él asió de mí y probó a llevarme a cuestras además de las alforjas de ropa mía que traía, tanta era su caridad y es mi deuda. Al fin con esto, obligado a sacar fuerzas de flaqueza, cobré ánimos y bien cansados llegamos a ver el convento desde un alto con mucha alegría. Y habiendo el santo dado gracias al Señor del feliz éxito de la jornada, me mostró desde allí con la mano a un fraile, diciendo:

- *¿Ve aquel religioso que está cavando en el huerto? Pues sepa que es el predicador y guardián de este convento.*

Y admirándome yo, dijo:

- *Sepa que acá los guardianes cavan en la huerta y hacen la cocina.*

Lo cual yo después experimenté y vi que de la cocina se iban al púlpito con mucha devoción y humildad ⁸⁷.

El santo fue para mí padre y madre y maestro en el año de mi noviciado; y no partió de esta vida hasta dejarme hecho provincial de la provincia, según había ya profetizado ⁸⁸.

SU FIGURA

Dice el padre Juan Ximénez: *Fue el santo Pascual de estatura mediana, muy bien hecho y proporcionado en todos sus miembros. El rostro no hermoso, mas gracioso, agradable y alegre, la frente redonda y con entradas muy altas, que venían a hacer una punta de cabellos sobre la misma frente, con algunas, dos o tres, arrugas en ella, y así en algo tiraba a calvo. Los ojos azules, pequeños, hundidos, alegres y vivos, pero reposados y honestos. Los párpados arrugados, y con esto las pestañas negras. Las cejas arqueadas, no sutiles; la nariz alta, pequeña y bien proporcionada. La boca mediana y una cicatriz, que bajo el labio tenía hacia la barba, le tiraba un poco el labio, de modo que no le afeaba, sino que le hacía parecer que se iba siempre riendo. Las orejas medianas, las mejillas coloradas. Moreno el color. En el cuello, que era grueso, tenía una o dos arrugas. La barba no muy poblada y entrecana. Sus manos y pies eran muy proporcionados, aunque llenos de callos, de los trabajos corporales del andar descalzo. Fue de carnes llenas, mas enjutas. Tuvo fuerzas y entera salud hasta cinco o seis años antes de su muerte. Confío en Dios que, junto con un buen pintor, algunos, que le conocimos y le tenemos estampado en el alma, hemos de hacer un retrato que se le parezca mucho* ⁸⁹.

En la sacristía de Torrehermosa hay un retrato del santo y es tenido como el verdadero retrato de san Pascual.

⁸⁷ Ximénez, pp. 190-203.

⁸⁸ Ximénez, p. 9.

⁸⁹ Ximénez, p. 518.

VIAJE A PARÍS

Cuando fray Pascual moraba en el convento de Almansa, el padre custodio de los distintos conventos de la Custodia de San Juan Bautista de Valencia, llamado fray Francisco Ximénez, llamó al santo para pedirle que fuera a Francia, llevando importantes documentos. Probablemente, según algunos autores, era con motivo de elevar la Custodia al rango de provincia. Para ello debía ir a pie hasta Francia, donde en ese momento se encontraba el general de la Orden fray Cristóbal de Cheffontaines. Era el año 1576 y todos entendían que aquel viaje era sumamente peligroso, porque debía atravesar regiones de Francia en la que todos eren herejes y podían matarlo por odio a la fe católica, ya que eran tiempos en que de ambas partes había matanzas y venganzas en las guerras religiosas desatadas con motivo de la Reforma protestante.

Nuestro santo, obediente, y hasta deseando entregar su vida por amor a Cristo, salió de su convento de Almansa, acompañado de su ángel custodio. *No llevaba sandalias ni más ropas sobre sus carnes que un hábito roto y remendado, el cual de ordinario usaba sin llevar debajo túnica alguna*⁹⁰.

Tampoco llevaba provisión alguna, confiando enteramente en la providencia de Dios. No se sabe el camino exacto que siguió. Sólo que pasó por la ciudad de Orleans en Francia, donde tuvo muchos inconvenientes.

Dice el padre Juan Ximénez: *Entra el santo con gran confianza y esfuerzo por los extraños reinos de Francia sin ningún temor. Llega a un pueblo del mismo reino donde había un convento de nuestra Orden, habitado de muchos religiosos doctos. Viéndole ellos cómo se jugaba la vida por la obediencia, trataron entre sí si era lícito obedecer en tan manifiesto peligro de muerte como en aquel caso. Unos afirmaban la parte negante y decían no ser lícito en claro peligro de muerte y que se debía volver a España. Otros, por el contrario, tenían la parte afirmativa y decían ser la tal obediencia tanto más meritoria cuanto era mayor su dificultad... Él respondió que quería de buena gana morir por la obediencia. Y así partió de allí y entró por las tierras de los luteranos con su hábito pobre, andando por sus caminos y calles, de noche y de día, públicamente y a vista de aquellos lobos rabiosos, como un manso cordero, y aunque no sin grandes trabajos, guardóle siempre el Señor su vida.*

Verdad es que quisieron darle muerte y le maltrataban a cada paso de palabra y de obra. En un pueblo de herejes le apedrearon con gran tumulto, diciendo: ¡Al papista! ¡Al papista! Entre otras pedradas que tiraron al que no se defendía, le dieron una tan recia en el hombro izquierdo y con tanta fuerza que

⁹⁰ Proceso diocesano 3393, p. 29.

vino a caerse en el suelo; de lo cual le quedó memoria con un gran dolor que le duró después mucho tiempo en España... Otra vez le apedrearon junto a una ciudad de mismo reino de Francia, donde primero le cercaron aquellos feroces herejes y le dijeron: “Papista, ¿en el sacramento que vosotros consagraís, está Dios?”.

Aquí vio el santo la muerte a sus ojos y a sus crueles verdugos dispuestos para dársela, al punto que respondiese un Sí... No se detuvo en deliberar. Al punto responde un Sí, que verdadera y realmente está en el Santísimo Sacramento del altar, Dios. Luego que oyeron esta respuesta le pusieron las manos; pero, considerando aquella mala gente que sus razones le podrían fácilmente convertir, deteniendo la furia, le comenzaron a hacer argumentos contra el Santísimo Sacramento, a los cuales respondió con sabiduría infusa y revelada teología que el Señor, entre otros bienes, le concedió, dándoles a entender cómo no sabían lo que decían en aquellas sus engañosas razones, diciéndoles que mirasen que iban errados, porque por la virtud que Dios quiso dar a las palabras del sacerdote, en consagrando con ellas, se convierte el pan en el cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor.

Confundidos ellos con la verdad de estas tan claras palabras, pero no convertidos, antes enojados contra él y encarnizados, le quisieron dar muerte. Y así, con grandes voces, incitándose a común furia y tomando guijarros del suelo, comenzaron a apedrearle. Fue cosa maravillosa que, lloviendo sobre su cuerpo y cabeza mil piedras, no quiso el Señor que alguna le diese ⁹¹.

Un día llegó con mucha necesidad a pedir limosna a casa de un señor principal. Era este señor luterano, gran perseguidor de católicos; estaba a la sazón comiendo, cercado de pajes y criados, que le servían a la mesa manjares regalados; y mandó luego traerlo a su presencia. Como lo vio con el hábito de fraile descalzo, tan pobre que sólo con su vista y ejemplo tan penitente reprendía su disolución, con gran cólera y saña le dijo que era espía del rey de España, amenazando que, en acabando de comer, le había de quitar la vida y darle cruel muerte. Entonces el santo, como un manso cordero, sin abrir su boca ni replicar palabra, se estuvo quedo, sin moverse, aguardando la muerte. En esto proveyó Dios de las entrañas de una mujer, señora de casa, la cual doliéndose de su daño, le mandó salir fuera sin que le viese el señor y así se fue sin llevar otra limosna que la vida que se le otorgó. Llegando a la puerta de una pobrecita mujer católica, con gran caridad le dio de su pobreza lo que tenía, que bien tenemos experimentado los pobres que, donde menos piedad hallamos, es en las puertas de los ricos...

⁹¹ Ximénez, pp. 174-179.

Llegó otro día a un lugar de gran población. Había en él muchos herejes, los cuales con gran estruendo y voces le gritaban, mofaban y escarnecían por las calles, con injuriosos ademanes y palabras, diciéndole: “Papista, papista”. Lo tomó uno aparte, diciendo que le quería poner a salvo y le entró en una pocilga y allí lo dejó, cerrándole por fuera con llave sin darle algo que pudiese comer aquella noche, la cual pasó encomendándose al Señor, aguardando la muerte que tenía por cierto, que para eso le habían encerrado. Pero al otro día, dos horas salido el sol, vino aquel hombre y, abriendo la puerta, le dio limosna y lo despidió.

Me contó el santo que un día, prosiguiendo su camino, le salió de través un hombre a caballo con una lanza, el cual sin saludarle le dijo: “Fraile, ¿Dios en el cielo está? Y él le respondió: “Es verdad”. Con la cual respuesta se volvió el luterano por el propio camino por donde había venido. Le pregunté yo al santo que qué había querido en aquello el hereje. Y me dijo: “Debía querer que le respondiera cómo estaba también Dios en Santísimo Sacramento y así alancearme, pero no había sido digno de aquella corona. Contando el santo esto mismo a otro religioso, dijo que otra vez le pusieron los herejes un puñal a los pechos, mas detuvo el Señor el furioso brazo y libró de la muerte a su siervo... Cuando acabó su viaje, se volvió a esta su provincia con salud pobre y descalzo en el cuerpo, pero muy medrado y rico en el amor del Señor y en la confesión de su santa fe ante los infieles”⁹².

AMOR A JESÚS SACRAMENTADO

Fray Pascual pasaba muchas horas de la noche ante Jesús sacramentado, bailando, cantando y amando a Jesús, ante el cual muchas veces lo encontraron extasiado. En sus escritos habla de la Eucaristía como del *Dios en forma de pan*.

Todos los frailes y seglares notaron mucho en el santo la gran devoción que tenía al Santísimo Sacramento. Cuando se descuidaba (se veía libre) de sus oficios corporales, al punto se hallaba en la iglesia, llevado por la suavísima violencia del amor. Allí acudía mil veces, porque de allí le sacaba otras tantas la obediencia con la campanilla de la portería y, a ratos, debía tener paciencia el que estaba llamando, porque no se podía tan presto librar de las prisiones del amor para acudir a aquel oficio de la obediencia; pero, acabando de dar razón, le habían de hallar oyendo misas o de rodillas, vuelto hacia el sagrario... Tenía una especial reverencia a los sacerdotes, que era cosa notable ver cómo los recibía cuando venían a su puerta, porque, con las dos rodillas puestas en tierra,

⁹² Ximénez, pp. 185-189.

tomaba la mano del sacerdote con las dos suyas y con mucha pausa las besaba y las apretaba con su cara, ojos y boca...

Comulgaba devotísimamente, no haciendo visajes, no dando recios suspiros, sino con un semblante alegre, sosegado y sencillo, mostrando en él el gozo que recibía su alma con la presencia de tal Huésped.

Se preparaba la noche antes de la comunión, confesándose devotamente, lo cual hacía muchos días, aunque no hubiese de comulgar⁹³.

El día que comulgaba estaba, como es razón, más recogido y hablaba menos con los frailes⁹⁴.

AMOR A MARÍA

Era devotísimo de la Reina del cielo y de la devoción de su rosario, como se echa de ver en lo que de esto deja escrito de su letra y en que, de ordinario, andaba siempre asido con el rosario en las manos. Y, cuando las había menester (necesitaba), para algún ministerio, se las desembarazaba, echándolo al cuello. Nunca lo dejó en toda su vida ni en su última enfermedad, sino que lo tuvo apretado en sus manos hasta que dio el espíritu⁹⁵.

No hay palabras para significar la devoción y amor que mostraba el santo a la Virgen, cuyo nombre oía con tanta reverencia que, inclinándose devotamente con su cabeza, convidaba a los presentes a otro tanto. Cuando pasaba por donde había alguna imagen suya, le hacía una notable y profunda inclinación con la cabeza y cuerpo, en especial cuando pasaba delante de una imagen de Nuestra Señora, que estaba en el “De profundis” de Villarreal, a la cual, no sólo inclinaba el cuerpo. Siempre que se hallaba solo se hincaba de rodillas, lo cual el cocinero advertía muy bien desde su cocina algunas veces, aunque el santo pensaba que nadie lo miraba. Lo vi yo también muchas veces arrodillado ante la imagen de la Concepción, que está en la iglesia, de cuya limpieza (Inmaculada Concepción), era defensor, llamándola inmaculada... Era cosa muy de ver cómo andaba el día de la Concepción de la Virgen o Natividad con una particular y excesiva devoción, el rostro inflamado y como fuera de sí. Cuando aquel día encontraba algún novicio o fraile mozo le decía: “Venga acá, hermano, hínquese de rodillas”. Y diga como yo: “Bendita y loada y glorificada

⁹³ Ximénez, pp. 360-362.

⁹⁴ Ib. p. 364.

⁹⁵ Ximénez, p. 331.

y ensalzada sea la Inmaculada Concepción de la Chiquita”. Y si era el día de su Natividad, decía: “Ensalzada sea la Natividad de la Chiquita”⁹⁶.

EL DEMONIO

San Pascual, al igual que todos los grandes santos, tuvo muchos encuentros con el demonio, quien le hacía sufrir. Dios permitía que se le presentara bajo diferentes figuras, intentado distraerlo de la oración y procurando hacerlo sufrir para desanimarlo en su camino hacia Dios. Pero él lo vencía con la invocación del nombre de Jesús y mucha oración.

Según afirma el padre Ximénez: *Era cosa muy ordinaria a los religiosos que vivían junto a su celda oír de noche dentro de ella grandes ruidos y, a veces, tales que parecía se caía la celda. Daba grandes voces el santo de allá dentro. Acudían los frailes y le preguntaban qué era aquello. Él se excusaba con buenas palabras, diciendo ser pesadilla o sueño, pero agradecíales mucho la caridad y socorro. Con todo esto los frailes creían ser batallas con los demonios, porque a la mañana hallaban en su persona, que amanecía con rasguños y cardenales en el rostro, de los golpes que había recibido.*

*Estando una noche en la celda en Valencia, a deshora, comenzó a dar grandes voces. Acudió presto allá fray José de Cardenete, muy devoto del santo, y preguntándole qué había, le respondió: “Oh, hermano, si vieras la caballería que andaba por el claustro, hubieras quedado admirado”. Lo mismo le dijo otras veces que acudió a semejantes voces. Y así los demás religiosos han hablado de esto y dicen que les parecía tan grande el ruido que había en su celda, como si por ella corrieran ejércitos a caballo*⁹⁷.

*Una vez en Valencia delante de toda la comunidad, dijo el santo que había visto al demonio en figura de Cristo crucificado y que otra vez lo vio con un hacha encendida en las manos y que, por ser muy de noche y estar los frailes recogidos, no osó dar voces*⁹⁸.

⁹⁶ Ximénez, pp. 376-378.

⁹⁷ Ximénez, pp. 432-433.

⁹⁸ Ximénez, p. 436.

DONES SOBRENATURALES

a) ÉXTASIS

Con frecuencia lo vieron algunos religiosos estar tan centrado en Dios que no oía ni veía nada de lo que pasaba a su alrededor. A veces, hasta se elevaba sobre la tierra en una actitud tan espiritual que irradiaba amor y alegría espiritual.

El padre Ximénez certificó: *Solía orar con tanta atención y vehemencia de espíritu que quedaba sin sentido a las cosas externas, todo elevado en el Señor. Y, aun fue visto en oración, levantado de la tierra, en el aire, como un codo, estando elevado.*

Estando en Jumilla, un religioso llamado fray Andrés Rodríguez, entró a deshora en el coro y lo vio, estando en oración, arrobado y le pareció que estaba en el aire, algún tanto levantado de la tierra, de lo cual quedó el religioso espantado, dando gracias a Nuestro Señor⁹⁹.

b) PROFECÍA

Por gracia de Dios conocía frecuentemente las cosas futuras, empezando por su propia muerte. *Estando bueno y sano, la profetizó y, después que cayó enfermo, dijo el día en que moriría y aun conoció la hora y punto¹⁰⁰.*

El doctor Benet aseguró en el Proceso: *En una ocasión me avisó que advertiera a cierto enfermo que arreglara los asuntos de su alma. Así lo hice y murió al día siguiente. Y es de advertir que ni le conocía ni le había visto nunca. En otra ocasión me lo dijo de otro enfermo al cual sí había visitado¹⁰¹.*

Catalina Torrella tenía dos amigas, Andrea y Dominga, ambas gravemente enfermas. Quiriendo conocer el desenlace de sus dolencias, le preguntó a fray Pascual, quien le respondió: *“Andrea morirá y Dominga sanará”. Y así fue¹⁰².*

En Villarreal pasó el santo por una calle pidiendo limosna y, llegando a la puerta de un clérigo que se llamaba Verbegal, el santo dijo: *“Denle luego los sacramentos, porque tiene de ellos gran necesidad”. Lo cual, sabido de los suyos, por la opinión que tenían a las palabras del santo, se dieron gran diligencia en hacerle confesar y dar los demás sacramentos. Y, acabados de dar,*

⁹⁹ Ximénez, pp. 328-329.

¹⁰⁰ Ximénez, p. 234.

¹⁰¹ Proceso diocesano 3393, p. 522.

¹⁰² Proceso apostólico 3395, p. 395.

*con mucha brevedad murió, quedando todos maravillados y muy ciertos que el Señor había revelado a su siervo el suceso de aquella súbita enfermedad*¹⁰³.

*El año 1591, en el mes de octubre, nos juntamos en el convento de San Juan Bautista de la ciudad de Valencia a celebrar el capítulo todos los frailes capitulares de esta provincia, entre los cuales vino nuestro hermano fray Diego Castellón, que era guardián del convento de Villarreal, donde moraba el santo. Y, llegando a la celda donde yo estaba con otros religiosos, las primeras palabras que me dijo fue darme el parabién del provincialato con ser tres o cuatro días antes de mi elección. Por lo cual, teniéndolo yo a burla, le respondí: “Déjese, hermano, ahora de burlas”. A lo cual él respondió: “En verdad, hermano, que, si fray Pascual es profeta, vuestra caridad ha de ser provincial y yo definidor”. Lo cual sucedió así*¹⁰⁴.

*Ese mismo año 1591, estaba enfermo en el convento de Villarreal el predicador del mismo convento fray Pedro Cabrellas, con vómitos, pero no tantos que hiciese cama. Deseoso este religioso de saber lo que el santo tenía determinado de su salud y vida, teniendo indicios ciertos de que el santo lo sabía todo, persuadió al guardián para que mandase al santo que le desengañase del suceso y fin de su enfermedad, lo cual hizo el guardián... Constreñido por la obediencia, volvióse hacia el enfermo: “Hermano predicador, Dios quiere que muera, no le quiere más para predicar; en otras cosas le podrá servir. Algunos meses vivirá, pero encomiéndose a Dios y tenga paciencia”. De las cuales palabras y del tono grave de ellas, quedaron los presentes admirados y el predicador tuvo por cierto todo lo que había dicho y así se cumplió; porque, aunque vivió después cuatro meses, nunca más pudo predicar*¹⁰⁵.

Baltasar Rubert tenía un hijo gravemente enfermo y le pidió a fray Pascual que rezara por él. El santo respondió: *Lo encomendaré al Señor y ciertamente no morirá*. A los pocos días el niño estaba jugando alegremente con sus compañeros¹⁰⁶.

Fray Pedro Herrera refiere que, *siendo novicio en Almansa, en cierta ocasión, estaba llorando por el miedo de ser despedido de la Orden a causa de una enfermedad que se parecía a la lepra. Viéndole el santo así de afligido, se le acercó. Lo consoló paternalmente y le aseguró que no sería despedido, porque curaría pronto, como así fue*¹⁰⁷.

¹⁰³ Ximénez, p. 242.

¹⁰⁴ Ximénez, p. 235.

¹⁰⁵ Ximénez, pp. 236-238; Proceso diocesano 3393, p. 15.

¹⁰⁶ Proceso apostólico 3395, p. 360.

¹⁰⁷ Proceso diocesano 3393, p. 311.

Otro caso. El padre de fray Gaspar de Valera era muy generoso con los frailes y, como era herbolario, les daba como limosnas todas las hierbas medicinales que necesitaban. En cierta ocasión, mostró la misma generosidad y fray Pascual le profetizó: *“Por esta caridad que usa con nosotros, el Señor le dará un hijo que tomará la vida franciscana”*. Ese hijo soy yo, refería en el *Proceso fray Gaspar de Valera*¹⁰⁸.

c) CIENCIA SOBRENATURAL

A pesar de no haber estudiado, tenía un conocimiento tan profundo de los misterios y verdades de nuestra fe que los teólogos se quedaban asombrados de oírle hablar de estas cosas con una profundidad y claridad extraordinarias.

El padre Ximénez declaró: *Quise algunas veces probar su teología y me admiraba de sus sutiles respuestas, porque, aunque no me respondía en los términos escolásticos de los teólogos, respondíame, en su llano y sencillo lenguaje, aquello mismo y la misma verdad que nosotros con algún trabajo y, después de muchos argumentos y metafísicas, sacamos en conclusiones. Y lo hacía con una claridad y facilidad que se veía no ser negocio dicho de pico o de memoria, sino penetrado y entendido con grande luz y claridad del cielo.*

Confieso que una vez por probarle le argüí sus respuestas con réplicas escolásticas y quedé tan corto que vine a dar en cierta proposición que él, al punto, la refutó por ser falsa. Y yo, con haber leído (enseñado) algunos años Artes y Teología, me hallé confuso por una parte y por otra tan desengañado, que vine a conocer que, aunque respecto de mis discípulos era maestro, respecto al santo, podía yo ser su discípulo.

La misma prueba hizo con él el padre lector fray Manuel Rodríguez, el cual solía decir que el santo pudiera muy bien predicar la palabra de Dios sin otro estudio ni ciencia, si fuera sacerdote. Porque viniendo con él de camino, le había probado argumentándole de cosas altísimas de la materia de Trinidad, Encarnación, etc., y con sabiduría del cielo le había muy bien respondido.

*Y por probarlo más en este camino, el sobredicho padre le había apretado mucho con replicas y a todas ellas había satisfecho con tanta facilidad que vino a decir: “Este bendito fraile, sin duda, tiene ciencia infusa del cielo y no es posible menos”*¹⁰⁹.

¹⁰⁸ Proceso apostólico 3395, p. 1128.

¹⁰⁹ Ximénez, pp. 248-250.

Una vez, el guardián del convento de Almansa le mandó predicar en la Vigilia de Navidad, a pesar de estar presentes tres notables predicadores de la Orden y, *espantados los predicadores, decían que no parecía hombre el que aquellas cosas hablaba por boca de fray Pascual y que no era posible decir tales cosas como allí dijo, sin particular auxilio y favor de Nuestro Señor, comunicado sobrenaturalmente al bendito santo*¹¹⁰.

El Papa León XIII en la Bula de nombramiento de San Pascual como patrono de las Asociaciones y Congresos eucarísticos, dice: *Mereció en la contemplación del sagrado banquete recibir tal ciencia que, siendo rudo y sin estudio alguno, pudo responder a cuestiones difícilísimas sobre la fe y escribir libros piadosos.*

d) DON DE HACER MILAGROS

Durante su vida Dios hizo milagros espectaculares por su intercesión. Veamos algunos de ellos.

Fray José Hidalgo declaró que *tenía una gran hinchazón en el cuello. Viéndole fray Pascual, se compadeció de él y le exhortó a untarse con el aceite de la lámpara de San Francisco, invocando el nombre de Jesús. Lo hizo así y desapareció la mencionada hinchazón*¹¹¹.

Bartolomé Moliner tenía un hijo de tres años, llamado José, que estaba sufriendo de retención de orina. El niño sufría mucho y llevaba dos días así. Los padres le expusieron a fray Pascual su aflicción. El santo le tocó con la mano donde le dolía e inmediatamente orinó con cálculos y arenillas¹¹².

Isabel Almela tuvo cinco hijos y no pudo criar a ninguno de ellos por mal de pechos. El que más vivió le duró cinco meses. Adoptó al hijo de unos pobrecitos y, temerosa de que le sucediera lo mismo, le pidió a fray Pascual, que pasaba para la limosna del pan, que la encomendara. Él le dijo: *“Tenga confianza en Dios. Yo, desde luego, la encomendaré en mis oraciones”*. Y pudo criar el niño con toda facilidad¹¹³.

Un matrimonio de ciegos tenía una hija llamada Paula, de 18 años, que tenía dos tumores en el cuello. El santo pasó por su casa para la limosna del pan y los padres le pidieron que rezara por su hija. Él se lo aseguró. Al día siguiente,

¹¹⁰ Proceso diocesano 3393, pp. 404 ss.

¹¹¹ Proceso diocesano 3393, p. 293.

¹¹² Proceso apostólico 3395, p. 376.

¹¹³ Proceso diocesano 3393, p. 84.

volvió a pasar. Los cirujanos le habían abierto un tumor sin ningún resultado. Fray Pascual le quitó las vendas. Trazó sobre los tumores la señal de la cruz y pronunció tres veces el nombre de Jesús y de María, diciendo: *La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con vos. Amén. Le aconsejó que no usara ningún medicamento y, al poco, secó la llaga, desapareciendo los tumores*¹¹⁴.

En una oportunidad fray Juan Olarte tenía paperas y le pidió a fray Pascual que trazase sobre él la señal de la cruz. El santo, en su modestia, se rehusaba. Entonces el joven fray Olarte se puso de rodillas a sus pies, pidiéndole por amor de Dios que hiciese lo que le pedía. Al oír que se lo pedía por amor de Dios, no pudo negarse y le trazó con su mano dos o tres veces la señal de la cruz y le desapareció la dolencia¹¹⁵.

Fray Juan Sánchez manifestó: *Estando de morador en el convento de Nuestra Señora del Rosario de la villa de Villarreal, estaba yo muy aquejado de dolor de muelas, pasando noches enteras sin poder dormir ni ir a maitines por el dolor. Vino el día de la Asunción de Nuestra Señora y aquel día, por ser el dolor tan agudo y por ser el día tan solemne, fui. Y estando solo con el bendito fray Pascual, le dije:*

- *Hermano fray Pascual, por amor de Dios, ruegue a Nuestra Señora que me quite por hoy el dolor de muelas, para que espiritualmente pueda gozar con nuestros hermanos.*

A lo cual respondió:

- *Vaya, que hoy no le dolerán.*

Y así fue. Pero venida la noche, volvió tan agudo el dolor que salí de la celda dando voces. Acudieron los frailes, y uno de ellos, llamado fray Juan Olarte, me dijo:

- *Hermano fray Juan, dígame a fray Pascual que le haga la señal de la cruz, porque yo, estando en Valencia novicio, tuve paperas muy malas y me hizo la señal de la cruz y curé.*

Y así en la misma hora, dije al bienaventurado Pascual que me hiciese la señal de la cruz. Y él se excusó dos veces diciendo:

- *Calle, no me diga eso.*

¹¹⁴ Proceso diocesano 3393, p. 65.

¹¹⁵ Proceso diocesano 3393, pp. 290 ss.

Y como estaba tan aquejado del dolor de muelas me hiqué de rodillas y le dije:

- *Hermano, por las entrañas de Dios, tenga compasión de mí, que me muero. Hágame la señal de la cruz.*

Y el santo se apartó un poco, y volviéndose muy acalorado, respondió:

- *Tuviera fe y se la hiciera usted mismo.*

Así lo hice y se me quitó de repente el dolor de muelas. Y con tenerlas todas podridas, no me ha vuelto más tal dolor. Los frailes se retiraron, alabando a Dios en su santo. Y el guardián, que era el padre fray Antonio Alvero, dijo:

- *Hermanos, ténganlo en la memoria, que algún día les será menester*¹¹⁶.

La señora Ángela Yumbay tenía un hijo y le faltaba leche para criarlo. Fray Pascual pasó por su casa pidiendo limosna. Ella le contó su aflicción y él le dijo: *No tenga pena, hermana, Dios lo remediará.* Y así sucedió, pues se vio libre de la pena y el Señor le concedió la leche para su hijo¹¹⁷.

Un día Juan Fernández le favoreció con dos panes. ¿Dos panes?, exclamó nuestro santo. Juan respondió: *La verdad que no me sobran y temo que no me alcanzará la harina para todo el año. Fray Pascual quiso ver el depósito en que guardaba la harina y le echó la bendición espontáneamente. Su amigo Juan cree que la harina dio el doble de pan de lo que solía*¹¹⁸.

En el tiempo en que el bendito fray Pascual moraba en Santa Ana, enfermó Jerónima López de una gran calentura y dolor de cabeza. Con todo se esforzó en ir desde su casa al convento para encomendarse allí a Nuestro Señor delante del Santísimo Sacramento. Llegando a la portería y llamando con la campanilla, salió el siervo de Dios Pascual, que era portero, y antes de decirle ella cosa alguna del mal que llevaba, le dijo: “¿Cómo viene, hermana, que trae el rostro encendido? Parece que viene mal dispuesta”. Respondióle ella que venía con gran calentura y dolor de cabeza. El santo, mostrando un semblante alegre y risueño, le puso sus manos sobre la cabeza y frente y, haciendo esto, le dijo: “Alégrese y no tenga pena que luego estará buena y le dará Nuestro Señor

¹¹⁶ Proceso diocesano 3393, p. 39.

¹¹⁷ Proceso diocesano 3393, pp. 79 ss.

¹¹⁸ Proceso apostólico 3395, p. 460.

salud”. Dicho y hecho. Cuando entraba por la misma puerta de la iglesia, se sintió del todo sana y libre de la calentura y del dolor de cabeza que traía ¹¹⁹.

Sucedió un año, siendo portero y hortelano el santo en el convento de Almansa que vino el síndico al convento una tarde y halló algunos muchachos en la portería que pedían acelgas para los enfermos, que había entonces muchos en la villa, y poniendo el santo dificultad en que quedasen en nuestra huerta acelgas por andar muy buscadas por los enfermos, llevó al síndico a la huerta, mientras cogió unas pocas hojas muy pequeñas que habían quedado en una hilera de matas, y dejó solas las raíces peladas... Al otro día en la mañana, tornando el síndico a traer carne a los frailes, halló también a otros en la portería que pedían acelgas, a quienes él dijo, como testigo de vista, que ya no había. Vino el santo a abrir la puerta y el síndico fue tras el santo a la huerta y vio cómo las raíces de las acelgas que habían dejado tan desnudas de noche, estaban cubiertas y pobladas de hojas grandes muy frescas, lozanas y crecidas. Y como quedase suspenso, maravillándose del caso, el santo le dijo: “Mire hermano, la bondad de Nuestro Señor. En sola esta noche ha tenido por bien criar estas acelgas para remediar con ellas a los pobrecitos enfermos”... Lo cual teniéndolo por gran milagro, el síndico lo contó a muchos frailes y seglares y a mí también me lo contó ¹²⁰.

ITINERARIO DE CONVENTOS

Ya sabemos que antes de entrar a la Orden estuvo cuatro años en Monforte, trabajando de pastor en los alrededores del convento, viendo cómo construían el nuevo convento y esperando a que se terminara para poder entrar. Muchas veces iba a la iglesia de este convento de Nuestra Señora de Loreto (Lorito u Orito). Estuvo un tiempo en el convento de Elche como postulante y de ahí lo regresaron a Monforte. A los 25 años hizo su profesión religiosa el 2 de febrero de 1565. En 1574 se fundó el convento de Valencia y allí fue enviado. En 1575 salió de Valencia para viajar a Jerez de la Frontera, de donde volvió con el joven Juan Ximénez de 14 años. De Valencia fue enviado al convento de Almansa, de donde partió en su viaje a París en 1576. Regresó a Almansa a fines de ese año y fue nombrado maestro sustituto de novicios, donde tuvo de novicio a Juan Ximénez.

Hay que anotar que, según las Constituciones de los frailes alcantarinos o descalzos franciscanos, en ausencia del maestro de novicios o del Superior, el provincial podía nombrar un suplente, que se llamaba presidente o maestro. Eso

¹¹⁹ Ximénez, pp. 452-453.

¹²⁰ Ximénez, pp. 148-151.

ocurrió en esa oportunidad, a pesar de que él no tenía estudios especiales ni era sacerdote.

De Almansa fue trasladado a Villena y de allí a Elche, y después a Jumilla. En este convento fue nombrado presidente del convento en ausencia del Superior. Según la tradición, en Jumilla plantó varios cipreses, que se muestran todavía hoy. Después estuvo en Villena, Valencia, Játiva, Villarreal, Játiva y, por fin, en Villarreal, donde murió.

Es digno de notar que el santo, a todos, sin excepción, llamaba *hermanos*¹²¹.

ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

El domingo 10 de mayo de 1592 fray Pascual estaba con buena salud y salió a pedir la limosna por la ciudad. Parecía despedirse de todos, pues los saludaba con un cariño especial. Una enferma, Andrea Vendrell, le suplicó que pidiera a Dios su curación, pero él replicó: *No va bien dirigida esta oración. Hay que ponerse en manos del Señor y decir que se haga su voluntad. Además hemos de prepararnos ambos para emprender un largo viaje.* Andrea moría al día siguiente y el santo, el domingo siguiente.

El lunes se sintió tan enfermo que no pudo bajar a abrir la iglesia. Se avisó al Superior y al médico. El doctor Benet lo desahució, pues su dolor de costado y su dificultad de respiración eran agudos. Y así se lo comunicó al padre guardián, Pedro Albó, quien ordenó que le pusiesen en la cama un colchón y sábanas. Y que, dejado el hábito, le pusiesen una camisa más suave. Todo lo rehusaba fray Pascual, pero hubo de obedecer. Al conocer el dictamen médico, fray Pascual le dijo al doctor Benet: *No me da pena, porque yo mismo, hace días, pido a Dios Nuestro Señor que me saque de esta vida y confío que me la dará hasta el sábado y, después del sábado, el Señor hará lo que sea servido*¹²².

Le dieron el sacramento de la unción de los enfermos y la noticia se extendió con toda rapidez. Muchos de sus amigos vinieron a visitarlo en el lecho de muerte.

¹²¹ Proceso diocesano 3393, p. 456.

¹²² Proceso diocesano 3393, p. 523.

El doctor Benet llevó a su hijo pequeño para que lo bendijese. El santo impuso las manos sobre el niño y dijo: *Que te bendiga el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, criatura de Dios, y que te haga amigo de los pobres* ¹²³.

También acudió el farmacéutico, Bartolomé Sart, que le donaba las medicinas. Fray Pascual lo bendijo y Bartolomé experimentó que le desapareció de repente una antigua jaqueca que arrastraba hacía años ¹²⁴.

En su cama de enfermo estaba el santo con la mirada fija en el crucifijo, teniendo el rosario entre sus manos. Ya le había advertido a fray Camacho, el enfermero, que oportunamente le avisaría para que le trajese y pusiese el hábito para morir con él, de lo que dedujo el enfermero que sabía el día de su muerte. Por eso, el domingo 17 de mayo por la mañana lo vio el enfermero que estaba levantado, queriendo ponerse el hábito y pidiendo que lo echasen al suelo, porque, quería morir en tierra. Pero eso no se lo permitieron. Al poco rato, pidió que rociasen la celda con agua bendita, comenzando a invocar con angustia el nombre de Jesús. Por fin se sosegó y preguntó con insistencia, si habían tocado a misa mayor. Y en el momento en que sonaba la campanilla para indicar la elevación de la misa (cuando el sacerdote levanta la hostia y el cáliz para que todos los vean), quedó como en éxtasis, dio la mano al confesor y, pronunciando el nombre de Jesús, expiró. Era el 17 de mayo de 1592, fiesta de Pentecostés. Tenía 52 años de edad.

Se quedó como dormido. Cuando procedieron a amortajarlo, se dieron cuenta de que sus miembros no habían perdido su flexibilidad. Fray Jaime Castellón, que le vestía un hábito nuevo para guardar el que llevaba al morir como reliquia, quedó maravillado y se arrodilló para besarle la mano, diciendo: *No esperaba menos de vos, santo bendito. Rogad a Dios por mí* ¹²⁵.

Su celda fue saqueada por los devotos que buscaban reliquias. Se llevaron retazos del sayal, remiendos del hábito, unas suelas y todo lo que encontraron. El mismo día de su muerte, comenzaron a acudir en masa los vecinos de Villarreal y de otros pueblos cercanos. Lo que más llamó la atención fue un sudor que le mojaba la cara, el cuello, las manos y los pies. La gente empapaba lienzos con aquel sudor que, enseguida, volvía a aparecer copiosamente ¹²⁶.

El doctor Benet certificó: *En las varias conversaciones que tuve con el bendito fray Pascual, me di cuenta, que supo el día y la hora de su muerte, aunque por su humildad no lo quiso manifestar claramente. Y, después de*

¹²³ Proceso apostólico 3395, p. 674.

¹²⁴ Archivo de la postulación general de la Curia franciscana de Roma, tomo II, pp. 272 ss.

¹²⁵ Proceso diocesano 3393, pp. 25-26; Proceso apostólico 3395, p. 460.

¹²⁶ Proceso diocesano 3393, p. 24.

muerto, vi estar el cuerpo de dicho santo por espacio de tres días, sin enterrar. Y tenía todos sus miembros, así manos como pies, tratables como si estuviera vivo, siendo cosa que repugna a la condición de un cuerpo muerto, mayormente a los tres días. Vi también en aquellos tres días, en la cara y frente de dicho santo, un sudor manifiesto, y también en el cuello y manos. Y vi también que tenía los ojos fáciles de abrir y cerrar, y cuando se le abrían, parecían tan claros y con una mirada tan apacible y derecha, como si fuera de persona viva. De todo lo cual tuve gran admiración. Y la misma admiración me causó, en aquellos tres mismos días, ver el concurso de gente que de la presente villa y de otras comarcas acudía con mucha frecuencia a visitar y venerar el cuerpo de dicho santo. Ni en la iglesia de dicho convento, ni en el campo de afuera, podía haber, encomendándose todos a los merecimientos de dicho padre. Finalmente, en aquellos tres dichos días, fue tanta la devoción que sentía en mi alma al dicho santo y tanta la consolación en ver el dicho su cuerpo que, siéndome necesario venirme del dicho convento a la villa por visitas y otras cosas necesarias, no se aquietaba el ánimo con el gran deseo de volver luego a verle, como si no lo hubiera visto. Y lo mismo oí decir a otras muchas personas de esta villa que lo sentían en sí mismas ¹²⁷.

A la hora de enterrarlo, al tercer día de su muerte, con la excusa de que la comunidad iba a comer, ordenaron echar a todos los seglares de la iglesia como lo hicieron, aunque con dificultad, ayudados de la justicia y del brazo secular. Habían ya cortado al santo tantos pedazos de su hábito para reliquias que le habían dejado descubiertas las piernas y brazos. Pusiéronle así en una caja y fueron de parecer que le echasen cal viva, como la echaron, para que presto se consumiesen las carnes y los huesos quedasen limpios y blancos con miedo también de que no se corrompiese y oliese mal... Hecho esto, cerraron el hueco del altar y después abrieron las puertas a la gente que hacía grande instancia para ello. Mas cuando entraron y vieron quitado de sus ojos al santo cuerpo, no se podían consolar y aun algunos pretendieron con fuerza romper el altar y de hecho lo hicieron, si pudieran salir con ello a paz y salud. Al fin hubiéronse de consolar, viendo que aun encerrado proseguía en hacer milagros con los que se llegaban hacia su sepulcro ¹²⁸.

Fue enterrado en la iglesia del convento junto al altar de la Inmaculada Concepción.

¹²⁷ Proceso diocesano 3393, p. 523.

¹²⁸ Ximénez, pp. 517-518.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Fueron innumerables y sería largo y tedioso enumerarlos. Solamente expondremos unos pocos como ejemplo para fomentar nuestra fe católica y nuestra devoción al santo.

El primer milagro que hizo fue dar pies a un cojo... Llamábase Bautista Cebollín, el cual, entrando en la iglesia cojo con una muleta y llegando a besar las manos al santo, quedó súbitamente sano, haciendo seis años continuos que estaba tullido. Estábanle mirando todos los presentes, cuando iba al ataúd y en especial una mujer devota y hermana de los frailes llamada América, que, según ella me refirió, estaba en su corazón diciendo: “Si quisiese el Señor hacer milagros en este hombre por los merecimientos de su siervo, grande consuelo sería para todos”. Entretanto llegó el cojo y estuvo mucho en abajarse a besar las manos al santo, porque de tullido no lo podía hacer sin dificultad. Acabado esto, estando todos mirando, le vieron levantarse de repente sano y con gran alegría, olvidado del báculo, y corría a todas partes como un corzo, dando voces y publicando el milagro y santidad del bendito Pascual¹²⁹.

Acudió luego una mujer de Villarreal llamada Isabel Cano que de una caída se había desconcertado el brazo por el codo y por la muñeca. Hacía más de un año y medio que lo tenía tan tullido que no se podía aprovechar de él ni alzarlo, si no era con el otro brazo, como si fuera miembro separado de su cuerpo. Por lo cual otras mujeres la habían de vestir, peinar y tocar, que a ella le era esto totalmente imposible... Arrojándose sobre el túmulo del santo con gran devoción, pidió al Señor por los merecimientos de aquel siervo la salud de su brazo... Al punto sintió restituir a su brazo la salud perfecta y, moviéndolo a todos partes con lágrimas de alegría, mostraba el brazo y mano que antes habían todos visto tullida e inútil, diciendo a voces: “¿No veis el milagro del santo fray Pascual y que estoy sana?”¹³⁰.

La gente veía correr un licor milagroso por su frente y cuello y así, llegando a tocarle con sus manos y pañuelos, lo llevaban para curar sus dolencias. Entre muchos que esto hicieron y sanaron fue una doncella llamada Úrsula Mascarrell, la cual tenía en los muslos y piernas unas llagas muy grandes y tan penosas como asquerosas y malas. Impedíanle el andar y hacer otro cualquier ejercicio; por lo cual le aconsejó su señora, llamada Catalina

¹²⁹ Ximénez, pp. 476-477.

¹³⁰ Ximénez, pp. 478-479.

Cerralta, que tuviese fe y con ella llegase al cuerpo del santo y le pidiese la salud.

Llegó la doncella, aunque con mucho trabajo, y, tocando el cuerpo con devoción, apartóse y se tocó con sus propias manos, húmedas de licor que salía del santo... Vino después a su casa, miróse y se halló divinalmente sana. Se va luego llena de espanto y alegría a su señora, la cual reconoció y vio con sus propios ojos cómo se habían desaparecido aquellas tan disformes llagas y que ni aun había quedado señal o vestigio de haberlas tenido ¹³¹.

A Cecilia Miró se le hizo una hinchazón muy grande en una mano y le quedó inútil para cualquier hacienda. Además de esto le quedó en ella un grave dolor que los más de los días le daba insufrible tormento, lo cual le duró mucho tiempo. Pero llegando el día de la muerte del santo y de la salud de sus devotos, acudió con los demás a pedirla con gran fe y, besándole sus manos, tomó del sudor que le corría y con él se untó la mano lisiada. Luego sintió la mejoría, la cual fue siempre creciendo hasta que de allí a pocos días la poseyó perfectamente para hacer cualquier hacienda de casa como amasar, lavar y las demás, como si tal enfermedad no hubiese tenido en toda su vida ¹³².

Un hombre de Villarreal, llamado Jaime Masqueda, tenía en su casa un niño de edad de cinco años, llamado Jaime, hijo de una criada suya, el cual hacía un año que estaba quebrado o desvencijado; y para levantar y recogerle los intestinos le pusieron un pegado en el ombligo que con su fortaleza lo vino a inflamar y a empostemar tanto que le corría de él mucha materia... Lo llevaron al niño al santo. Tocó primero con sus manos el cuerpo y sudor del santo y después con ellas, las partes enfermas del niño, el cual quedó del todo sano de allí a pocos días sin haberse aplicado ninguna medicina, sino la invocación del santo ¹³³.

Cristóbal Lobet, vecino de Valencia, estaba quebrado hacía más de treinta años y era la lesión grandísima; por lo cual, y por ser tan vieja, era imposible su cura. Pero viniendo a la presencia del santo cuerpo, pudo llegar a besarle las manos, y no hubo acabado de pedir la salud, cuando se halló perfectamente sano como lo testificó él y muchas personas de crédito ¹³⁴.

El milagro siguiente está muy autenticado y puesto en el Proceso. Está libre de toda sospecha. En la villa de Almazora, Catalina Sala, mujer de Juan Vellnivre, labrador, hacía cinco o seis meses que dio una caída alto peligrosa,

¹³¹ Ximénez, pp. 480-481.

¹³² Ximénez, pp. 482-483.

¹³³ Ximénez, pp. 486-487.

¹³⁴ Ximénez, p. 493.

no tanto por la altura, que sería de veinte pasos, sino por haber caído de espaldas y dado sobre unos gruesos troncos, de modo que le partió la espina dorsal por dos partes; es a saber, por el medio cuerpo y por junto de la rabadilla. Hiciéronse diligencias en su cura y aplicáronle sus remedios y medicamentos, los cuales nada le aprovecharon ni aun para mitigarle los continuos dolores... La pobre mujer, hecha un ovillo, no podía por sí sola levantarse del suelo y, levantada, no podía andar sino muy poco a poco y con dos muletas pequeñas; con tanta dificultad que, si se encontraba con alguna piedrecita, luego caía en tierra y allí estaba hasta que manos ajenas la volvían a levantar como a un costal de tierra... Trajeron un rocín y pusieronle encima de la albarda dos haces de sarmientos, entre los cuales fue puesta ella como un cuerpo muerto. Con gran cuidado y vigilancia, guiándole y sustentándole, llegaron a la iglesia donde estaba el cuerpo del santo. Apeáronla del rocín y, ayudada de sus muletas y de algunas personas, entró a la iglesia. Hecha oración se va donde estaba el cuerpo santo. Todos ponen los ojos en ella, todos desean ver esta gran maravilla. Ven cómo con devoción le besaba mil veces las manos. Quisieron los frailes descansar un poco y así el justicia, haciendo a todos salir de la iglesia, echó también a esta mujer, la cual, sintiéndose ya con principio de salud, no quería que la apartaran de su buen médico; pero, no pudiendo ejecutarlo, se salió ya más ligera y con una sola muleta.

*De allí a dos horas abrieron los religiosos la iglesia y ella, que estaba alerta, se entró a buscar al santo y no hallándole, por haberle ya enterrado y escondido en un hueco del altar, lo sintió en el alma. No desconfiando, se arrodilló ante su sepulcro y comenzó con fe, suplicando le diese salud. Esto hizo por espacio de una hora y, acabada sus oración, fue la mano de Dios sobre ella y, volviéndose los huesos quebrados a sus lugares, ellos por sí se compusieron y soldaron en aquel punto, de suerte que la que antes andaba corbada hacia el suelo y con muletas, se levantó derecha en sus pies, sana y libre, con admiración y contento de todos*¹³⁵.

En el momento del entierro, el padre Morales cortó un trocito de cordón del santo y se lo aplicó a la garganta, pues hacía seis meses que sufría una afección que no le permitía ni resollar sin peligro de vómito, y se sintió súbitamente curado¹³⁶.

Algunos días después de enterrado le dio a Esperanza Adelantado, mujer de Bartolomé Moliner, un tan grave dolor de costado que pensaba con él acabar la vida. Le fue traída una almohada pequeña donde estuvo reclinada la cabeza del santo y, puesta en el lado donde le hería el dolor, a grandes voces llamaba al

¹³⁵ Ximénez, pp. 501-503.

¹³⁶ Proceso diocesano 3393, p. 7.

santo diciendo: “Santo mío fray Pascual, favorecedme”. En ese mismo punto se detuvo el dolor, como huyendo de la reliquia del santo y dejó libre a la enferma¹³⁷.

Seis meses después, en noviembre del año 1592, fray Juan Argüelles llegaba de conventual a Villarreal y cayó enfermo de calenturas tan malignas que el doctor avisó al padre Superior que se trataba de enfermedad de muerte. Le trajeron al enfermo la capucha que usaba el santo y el enfermo quedó instantáneamente curado¹³⁸.

Fray Juan Sánchez cayó enfermo de calenturas y gran dolor de cabeza en el convento de Villarreal y, visitándolo el doctor, dijo al guardián: “Este fraile está peligroso de muerte y, si no de muerte, su enfermedad será larga”. Entonces, el religioso, encomendándose muy de veras al bendito fray Pascual con gran confianza, pidió a los frailes que le diesen algo de sus reliquias. Le fue traída la capilla (capucha) del santo, la cual se puso en su cabeza. Y fue cosa de maravilla que así el dolor como la calentura huyeron de la capilla del santo, dejando libre y sano al religioso¹³⁹.

Antonio Juan Batle, hijo de Pablo Batle, vecino de Villarreal, siendo niño de cuatro años, tuvo un dolor de oído del cual manaba abundancia de humor. La triste madre, no hallando remedio humano, acudió a pedir el divino por intercesión del santo fray Pascual. Puso en el oído enfermo unos hilos del hábito del santo y fue cosa de maravilla que, en ese mismo punto, cesó el dolor y paró el manar y el niño quedó contento y descansado sin aquel accidente¹⁴⁰.

Salvador Sola estaba muy enfermo de asma. Un día le vino un ataque con tanta fuerza que casi se muere de ahogo y no poder respirar. Su esposa e hija le pusieron el pellejito con que dormía fray Pascual, que le habían regalado los frailes por ser muy amigo del convento, y quedó tan sano que nunca más le volvió a dar el ataque de asma¹⁴¹.

Isabel Safont, mujer de Bernardo Amorós, vecinos de Villarreal, estando de parto, se le atravesó la criatura en el vientre y sacó fuera el brazo. De esta suerte estuvo doce horas sin que la partera pudiese enderezarla ni entrar el brazo adentro. Y, viéndose en tan manifiesto peligro de muerte, rogó que le fuese traído el cordón del santo fray Pascual; y, encomendándose a Dios, pidió su intercesión. Apenas la hubieron ceñido con la cuerda, cuando fue libre del

¹³⁷ Ximénez, p. 522.

¹³⁸ Proceso diocesano 3393, p. 13.

¹³⁹ Ximénez, pp. 524-525.

¹⁴⁰ Ximénez, p. 538.

¹⁴¹ Proceso apostólico 3395, pp. 776 ss.

*peligro y dio a luz a la criatura con gran admiración de todos los circunstantes, teniéndolo todos por manifiesto milagro de Nuestro Señor*¹⁴².

El padre Juan Ximénez escribió de sí mismo: *Quiero decir lo que me aconteció escribiendo esta historia. Como trabajase en ella con alguna demasía por acabar presto, me dio un dolor en la mitad de la cabeza, que se llama jaqueca o migraña, tan grande que, con haberme hecho algún remedio, no le detuve, antes iba en tanto crecimiento que, no pudiendo estar en la celda por la agudeza del dolor, me salí de ella, siendo ya muy de noche; y en ninguna parte tuve alivio ni reposo. Me paseaba, me sentaba, me recostaba. Me puse a pensar de dónde me había venido tan rabiosa enfermedad y, hallando que del trabajo recibido por el amor del santo, dije: “Él es tan liberal con los demás, también lo será con el que ha perdido la salud en su servicio”. Me acordé de un pedazo de su hábito que tenía, y me levanté por él; lo puse sobre el lado que me dolía y dije: “Porque veáis que no quiero por eso dejar de proseguir vuestra historia, quiero ahora con todo mi dolor continuar en ella. Hícelo así y, tomando el libro en las manos, comencé a leer. Y en ese punto me vino un sueño tan vehemente que, no pudiéndolo resistir, me quedé sentado y dormido con el libro en las manos y con el candil encendido. Estuve a mi parecer durmiendo media hora y desperté tan sano como si tal no hubiera tenido, sin quedar rastro alguno; y quedé más obligado a proseguir mi trabajo y su Crónica*¹⁴³.

*Otros muchos milagros pudiera aquí escribir tan ciertos como los que están escritos y no lo hago por ser cosa cantada y aun imposible escribirlos todos, en especial porque siempre va haciendo cada día otros y otros; no solamente en Villarreal, donde está su cuerpo, sino aun en los demás pueblos donde se alcanza a tener noticia, mayormente en los lugares en que la provincia tiene conventos por los cuales están repartidas algunas ropas del santo como son hábito, túnica, capilla, cuerda, paños menores y las sábanas y frazadas que tuvo en su enfermedad; las cuales, llevadas a los enfermos, muchos de ellos milagrosamente recobraban la salud*¹⁴⁴.

*Solamente de Villarreal, sin salir a los que de fuera ha obrado Dios por su santo fray Pascual, tuviéramos más de cuatrocientos milagros que relatar*¹⁴⁵.

En Cervera del Maestrazgo, el 22 de mayo de 1639, el niño Miguel Agramunt, de cuatro años, iba con la niña Cecilia Cardona, de nueve, a las afueras de la villa, a jugar al campo. Se acercaron a una balsa de agua que había allí. Y en un descuido de Cecilia, el pequeño Miguel cayó en la balsa.

¹⁴² Ximénez, p. 573.

¹⁴³ Ximénez, pp. 540-542.

¹⁴⁴ Ximénez, pp. 617-618.

¹⁴⁵ Ximénez, p. 557.

Desapareció en seguida, hundiéndose en el agua. La niña, asustadísima, corrió hacia el pueblo, gritando y pidiendo socorro. Acudió mucha gente, pero nadie veía al niño, porque la balsa tenía mucha profundidad. El tío del pequeño, llamado Antonio Agramunt, se echó al agua, vestido y todo. Antonio era de estatura más bien alta. Vio en el fondo el hábito que llevaba su sobrino Miguel. Hemos dejado de decir que Miguelito vestía el hábito de San Pascual, por una promesa de sus padres al santo. Antonio Agramunt lo asió del hábito y sacó al niño a la superficie. Estaba presente el cirujano, Don Pedro Martínez, quien le hizo los ejercicios respiratorios, sin que lograrse que el niño reaccionara. Le dio por muerto, así como el médico Jaime Martorell, que acudió también al lugar del hecho. El pequeño había permanecido bajo el agua por espacio de tres cuartos de hora. Esperaron que acudiera la autoridad judicial para levantar el cadáver. Cuando ya le llevaban para casa, su padre, Francisco Agramunt, invocó fervorosamente a san Pascual. Luego llamó en voz alta a su hijo:

- ¡Miquelet, Miquelet!

E instantáneamente el niño abrió los ojos, y le respondió también en valenciano:

- ¡Mon pare!

Y se encontró bien, de forma que ni siquiera tuvo que guardar cama. Este es un suceso, al que cabe calificar de raro y extraordinario ¹⁴⁶.

El año 1672 escribía el padre Cristóbal de Artá, postulador de la causa de canonización del beato Pascual, otros muchos milagros.

Antonio Gregorio, enfurecido contra una hermana, sin tener en cuenta que ella tenía en brazos una hijita de seis meses, le dio un golpe con un bastón, dándole a la niña en la cabeza y matándola. El suceso se divulgó y fue llevado preso. Su mujer, afligida, postrada en tierra, rezaba al beato Pascual que la consolara y resucitase a la niña. Estando con algunas personas, vieron todos cómo la niña abrió los ojos y todos comenzaron a exclamar ¡Milagro! ¡Milagro! Y la niña vivió muchos años después ¹⁴⁷.

Miguel de Belvis estaba en la villa de Beniganim y fue desahuciado por tres médicos. Le llevaron una manta de la que se había servido el beato Pascual mientras vivía en el convento de San Antonio. Rogaron por su salud al beato

¹⁴⁶ Proceso apostólico 3397, pp. 325 ss.

¹⁴⁷ Christoforo d'Artá, o.c., pp. 246-247.

*Pascual. El beato se le apareció y, habiéndole asperjado con agua el rostro, desapareció. Y, después de tres días, quedó perfectamente curado*¹⁴⁸.

*Son tantos los milagros que la divina Majestad ha obrado por intercesión de su fiel siervo Pascual que no pueden referirse con todas sus circunstancias. De muchos sólo se hace una pequeña reseña, dejando otros que se han reportado en los Procesos y aquella infinita multitud que están representados en las tablas votivas en su capilla... En su capilla se ven 25 lámparas grandes de plata entre las que hay algunas de excepcional valor, mil imágenes de pies, manos, ojos y cabezas de plata, además de una gran cantidad que se perdió, cuando se trabajaba en la construcción de la capilla*¹⁴⁹.

*En todos los conventos de las dos provincias de san Juan Bautista y de San Pedro de Alcántara, son rarísimos los conventos que no tengan una capilla del beato Pascual; y la mayor parte de ellas están llenos de las mismas señales..., no cesando el mismo siervo de Dios de obrar continuamente prodigios y milagros... Cuando se expidieron los Expedientes para el segundo Proceso, hasta 1670 en que se cerró, puedo yo asegurar que, si se hubiesen de escribir todos los milagros que se encontraron, habría que hacer otro tanto de lo que se hizo para la beatificación*¹⁵⁰.

LOS OJOS DEL SANTO

Algo realmente extraordinario, quizás único en la historia de la espiritualidad católica, es lo que sucedió con sus ojos en la misa de exequias. Varios testigos certificaron en el Proceso haber visto cómo sus ojos se abrían y cerraban al momento de la elevación de la hostia y del cáliz, como si quisiera manifestar así, después de muerto, su amor y devoción a Jesús Eucaristía.

Ana Ortiz de Matamoros manifestó que *se quedó maravillada y atónita en el momento de la elevación. Dice: Cuando el sacerdote levantó la hostia, fray Pascual abrió los ojos; y los volvió a cerrar cuando el sacerdote la depositó sobre el altar. Asimismo, a la elevación del cáliz abrió los ojos y vuelta a cerrarlos cuando el sacerdote lo puso sobre el altar*¹⁵¹.

Otro testigo, Bárbara Sanz, certifica que *vio cómo abría los ojos a la doble elevación del pan y del vino consagrados. Lo vio ella y muchos hombres y*

¹⁴⁸ Ib. p. 312.

¹⁴⁹ Ib. pp. 320-321.

¹⁵⁰ Ib. pp. 321-322.

¹⁵¹ Archivo de la postulación general de la Curia franciscana de Roma, tomo VI, p. 715.

mujeres que estaban cerca del féretro. Todos comentaban la gran devoción que el bendito fraile profesaba a la Eucaristía ¹⁵².

También Leonor Jordán declaró: *Lo vi con mis propios ojos cómo abría los suyos a la elevación de las dos especies sacramentales* ¹⁵³.

En la Bula de canonización escribía el Papa Inocencio XII el 15 de julio del año 1691: *Divulgada la fama de su feliz tránsito, acudió una extraordinaria multitud que, admirada, mientras vivía, de su santidad, fue confirmada en la misma admiración con el prodigio consecuente de abrir los ojos en el féretro a la doble elevación de las especies sacramentales.*

El Papa León XIII lo nombró el 28 de noviembre de 1897 patrono de los Congresos y Asociaciones eucarísticas por un Breve apostólico en el que dice: *Entre los herejes sufrió muchas y graves persecuciones y, émulo del mártir san Tarsicio, se vio expuesto frecuentemente a dar su vida por confesar pública y manifiestamente la verdad de la Eucaristía. El amor a ésta parece haberlo conservado después de muerto, toda vez que, tendido en el féretro, dicese haber abierto los ojos por dos veces a la doble elevación de las sagradas especies.*

LOS GOLPES DEL SANTO¹⁵⁴

Algo también muy singular y que parece único en la historia cristiana es el lenguaje de san Pascual. Por medio de golpes dados junto a su sepulcro o en lugares donde se encuentran algunas de sus imágenes, manifiesta su presencia viva, queriendo dar un mensaje positivo o negativo, según que los golpes sean suaves y delicados o muy fuertes. Es una manera de decirnos que está vivo, que se preocupa de nosotros y que quiere ayudarnos en los momentos felices o desgraciados. Y esto ha sucedido a lo largo de los siglos, incluso en la actualidad.

Todos los biógrafos coinciden en que los golpes comenzaron a oírse a raíz de la introducción de su causa de beatificación en Roma el 9 de mayo de 1609. Algo muy interesante es anotar que el santo tenía un sobrino también franciscano, fray Diego Bailón, que murió con fama de santidad el 30 de febrero de 1630. Sus restos fueron colocados junto a la tumba de su tío en la capilla de Villarreal.

¹⁵² Proceso apostólico 3395, p. 390.

¹⁵³ Ib. p. 389.

¹⁵⁴ Sobre los golpes de san Pascual escribe muy extenso el padre Juan Talens en su libro *Vida admirable del glorioso san Pascual Baylón*, Valencia, 1760.

Este sobrino, en 1612, moraba en el convento de Villarreal y era muy humilde y sencillo. Cuando regresaba de pedir limosna por las calles, después de tomar la bendición del Superior, se dirigía a la tumba de su tío, contándole los incidentes de la jornada. Y siempre oía unos golpes procedentes de su tumba como en señal de aprobación de lo que había hecho ¹⁵⁵.

El padre Cristóbal de Artá, postulador de la Causa, cita el siguiente caso: Estando reunidos en 1669 en la ciudad de Valencia con el Virrey los tres jueces apostólicos, tratando el asunto de su canonización, sintieron en tres distintas ocasiones más de quince golpes en una pequeña imagen del beato ¹⁵⁶.

El padre Antonio Marcet informa: *Personalmente debo manifestar que he oído los golpes varias veces y siempre he comprendido lo que yo llamaría el lenguaje del santo. Y cita lo que le sucedió el 3 de mayo de 1942. Se dirigía a Valencia para ciertas diligencias y dijo: Algo extraordinariamente grato me sucederá, porque he oído los golpes del santo. Y sucedió que se encontró con el poseedor de un cayado que presuntamente perteneció a san Pascual y se lo entregó para el templo del santo en Villarreal ¹⁵⁷.*

Sobre los golpes del santo el padre Pascual Rambla afirma: *Los golpes son fuertes para anunciar sucesos tristes o suaves para los acontecimientos faustos. He hablado con muchos de los que los han experimentado y los describen como inconfundibles: uniformes unos a otros, como saliendo del sepulcro, y no alarman lo más mínimo en el sentido de producir espanto o susto. Por el contrario, resuenan armónicamente como un lenguaje divino en el interior, en el espíritu, y lo llenan de paz y confianza ¹⁵⁸.*

El día 27 de mayo de 1912 ardió el cinematógrafo *La Luz de Villarreal*. Murieron 69 espectadores y hubo más de cien heridos. Unos días antes se habían escuchado en la capilla del santo unos golpes fortísimos. La población estaba alarmada, temiendo una desgracia común. A los pocos días acaecía la catástrofe ¹⁵⁹.

¹⁵⁵ Panes Antonio, *Vida del beato fray Pascual Baylón*, segunda parte, Valencia, 1666, p. 108.

¹⁵⁶ Christoforo d'Artá, o.c., p. 199.

¹⁵⁷ Revista San Pascual de Villarreal de setiembre-octubre de 1955.

¹⁵⁸ *Ibidem*.

¹⁵⁹ Revista San Pascual, de marzo de 1962.

EXHUMACIONES

Fueron varias las exhumaciones del cuerpo de san Pascual para su reconocimiento. La primera se realizó en estricto privado por orden del padre Juan Ximénez, que, en ese momento, era provincial y llegó a Villarreal ocho meses después de su muerte, debido a una grave enfermedad. Él escribe así: *Cuando el santo murió, andaba yo cumpliendo las obligaciones del oficio de Provincial, visitando la provincia, y estaba entonces en el otro extremo, en el convento de Jumilla, donde recibí la nueva tan dolorosa para mí. Procuré acercarme a Villarreal, caminando jornadas mayores de lo que mis fuerzas podían. Por esto y los calores o por lo que su divina Majestad fue servido, caí enfermo en Villena, donde estuve ya desahuciado de los médicos. Me trajeron el hábito del santo, que estaba en Almansa, y fue Dios servido que casi milagrosamente cobré la salud. Tuve una convalecencia larga y no pude acudir tan presto que no fuese ya pasados ocho meses de la muerte del santo... Algunos estaban aguardando mi venida (para que abriese el sepulcro y ver al santo). Considerando yo esto y que no convenía por entonces, eché voz antes que llegara de que en ninguna manera se había de abrir la caja, ni aun yo lo había de ver.*

Llegué una noche al convento de Villarreal y, habiendo en secreto mandado por obediencia a un religioso que rompiese un tabique y desenclavase el ataúd con todo silencio, sin hacer ruido, mientras yo tenía entretenidos a los frailes en nuestra celda, él lo hizo. Despedí después a los religiosos y les rogué se recogiesen todos, porque venía cansado y con necesidad de dormir. Cuando yo entendí que estaban ya todos durmiendo, en compañía del guardián y de mi compañero y de otros dos religiosos, fui a reconocer el sepulcro del santo y hallamos su cuerpo cubierto de cal viva. La aparté con las manos y descubrí el rostro del santo que estaba conservado divinalmente con su carne y tan entero todo su cuerpo que ni aun el pico de la nariz, que es lo primero que pierde el difunto, le faltaba. Vi que tenía los ojos enteros, sus barbas, labios y cuello, pecho, vientre, brazos y manos con toda su carne. Le tomé la derecha con mis manos y se la besé y vi que estaba tratable y blanda y que destilaba un rocío claro como el cristal. Reconocimos los pies y piernas, todas con su carne que ni aun el vello faltaba. No tenía ningún género de mal olor ni causaba su vista horror, antes muy gran devoción. Lágrimas derramábamos, viendo un tan evidente milagro delante de nuestros ojos, un cuerpo de carne corruptible, envuelto en cal viva, que en tantos meses no se había consumido y abrasado, cuando debía estar la carne corrompida y del todo desecha y, por lo menos, mondos los huesos.

Acabado esto, di orden de que se volviese a clavar la caja y cerrado el tabique abierto, pero no quise quitar la cal, diciendo que el que te conservó en

esta cal ocho meses, te podrá conservar años, para que sea más famoso el milagro y se pueda más cómodamente hacer la traslación a otro lugar más honroso.

Vino después el Comisario a visitar la provincia y los religiosos del convento de Villarreal, deseosos de ver el santo cuerpo, lo descubrieron con su licencia el 22 de julio de 1594, habiendo pasado ya más de dos años que estaba sepultado en cal viva. Y lo hallaron también con su carne, entero. El hábito y paños menores estaban hechos ceniza, pero tenía sobre las partes secretas un pedazo de paño que el Señor conservó sano, habiendo del todo desaparecido la demás ropa...

Todo su cuerpo está con su carne y nervios secos y enjutos sin haberse en nada corrompido y así, levantado en pies, se tiene por sí mismo. Verdad es que ya le falta el pico o ternilla de la nariz y el cutis o pellejo de algunas partes del cuerpo: la oreja izquierda y un dedo que le cortaron con los dientes ¹⁶⁰.

En 1597 ó 1596 se abrió el sepulcro de nuevo para que viera los restos del duque de Gandía, Don Carlos de Borja y Centelles. Quedó maravillado de verle incorrupto y entero, a pesar de que se le cubrió de cal viva. El cuerpo estaba tan flexible que, tocándole el muslo, hundió la mano ¹⁶¹.

El año 1602 pasó por Villarreal el conde de Benavente, virrey de Valencia, que iba camino de tomar posesión del virreinato de Nápoles. La visita del Virrey coincidió con la visita del Ministro general de la Orden franciscana, fray Francisco de Sosa. Ambos vieron el cuerpo del santo y besaron su mano. La condesa pidió un trocito del hábito del santo y se lo llevó con mucha devoción ¹⁶².

Otro reconocimiento de sus restos se realizó el 20 de julio de 1611. Los médicos comenzaron la revisión del cuerpo de fray Pascual desde la cabeza a los pies. Y así dijeron y dicen que el mencionado cuerpo, en cuanto a la integridad, se halla íntegro y compacto con las cavidades naturales. La cabeza unida al cuello hasta el pecho, vientre, rodillas y piernas. Los brazos asimismo continuos con sus articulaciones, también las manos continuas. Y todo tan trabado entre sí (porque existe el cutis íntegro y continuo) como lo tiene un hombre vivo.

Y tratando de cada uno de los miembros del cuerpo, dicen que han encontrado la cabeza íntegra sin cabellos, así como tampoco en la barba, pero con el cutis en la cabeza, cara, barba y cuello. Los ojos hundidos. A la nariz le

¹⁶⁰ Ximénez, pp. 631-636.

¹⁶¹ Archivo de la postulación general de la Curia franciscana de Roma, tomo II, p. 362.

¹⁶² Ib. p. 262.

falta la punta en su parte tierna, por lo demás íntegra con su cutis, así como la boca con todos los dientes, bastante fuertes y fijos, menos dos que le faltan; la oreja derecha firme e íntegra; en cambio, le falta la izquierda con señales evidentes de haber sido arrancada. En cuanto al pecho y vientre... íntegros, con sus costillas sin que falte nada..., además, sin señales de haber existido corrupción y sin señal ni lugar por donde hubiesen podido ser extraídos los intestinos, causa ordinaria de la corrupción. Las pantorrillas y piernas íntegras y continuas con la carne muelle y bastante tratable..., faltándole solo los pies. Los brazos íntegros y unidos al cuerpo, con ambas manos y sus articulaciones, con el cutis, y en el brazo derecho la carne bastante muelle y tratable, lo que falta al izquierdo... Le falta el pulgar de la mano derecha con claras señales de haber sido arrancada.

La cal viva que se echó en el cuerpo de fray Pascual, de sí tenía que consumir las partes que tocó de forma inmediata, las partes carnosas y el cutis, lo cual conserva el mencionado cuerpo. Por todo lo cual, ante Dios y su conciencia y en virtud del juramento prestado, dicen y declaran que el predicho cuerpo del siervo de Dios, fray Pascual, está incorrupto en el modo que dijeron y relataron. Y que se conserve como se conserva es cosa sobrenatural y milagrosa, y así lo dijeron en virtud del juramento ¹⁶³.

CAPILLAS DEL SANTO

Al morir lo enterraron en el altar de la Inmaculada Concepción en la parte del evangelio. Allí permaneció hasta 1640. Ese año lo trasladaron a una capilla nueva con una nueva urna para sus restos, dentro del mismo templo. En 1674 se decidió remodelar la capilla, resultando una maravilla de estilo protobarroco valenciano, que se terminó en 1680; pero, para añadir algunas ornamentaciones, sus restos se depositaron allí en 1691.

En 1808 los franceses invadieron España, provocando el saqueo de todas las obras de arte y objetos de valor. En 1811 se llevó el cuerpo del santo a un lugar secreto para evitar profanaciones. Estuvo escondido durante un año. En 1812, cuando las cosas estaban más tranquilas, se restituyó a su lugar. En 1835, por la exclaustación forzada por orden del Gobierno, los religiosos debieron dejar el convento de Villarreal. Al año siguiente, 1836, las religiosas clarisas, procedentes del convento de Castellón, se posesionaron del convento para cuidarlo. Allí residen hasta el día de hoy.

¹⁶³ Proceso diocesano 3393, p. 163. Del Acta de la revisión.

El 13 de agosto de 1936, durante la guerra civil, los rojos quemaron la iglesia y el sepulcro del santo. Se salvaron los huesos calcinados del santo y los de su sobrino Diego Bailón. Además de los huesos chamuscados del santo, quedaron muchas otras reliquias.

Se salvó la mayor parte de los huesos del cráneo y se los reunió en un relicario, que imitaba la cabeza del santo, como se veía en la urna de la antigua capilla. La traslación a la capilla nueva fue el 3 de junio de 1952.

El nuevo templo en honor del santo fue consagrado por el obispo Don José María Cases Deordal el 23 de febrero de 1974.

El 17 de mayo de 1992, cuarto centenario de la muerte de san Pascual, el rey Don Juan Carlos I inauguró la Real capilla y presidió el traslado de los restos del santo a su nuevo sepulcro. Los escudos de Carlos II y Juan Carlos I simbolizan el patronato real. En 1997, primer centenario del nombramiento de san Pascual como patrono de las Asociaciones eucarísticas, se celebró en Villarreal el Congreso Eucarístico Nacional de España,

PROCESO DE CANONIZACIÓN

Después de su muerte se hicieron los trámites correspondientes para comenzar el Proceso de beatificación. Este proceso informativo o diocesano terminó el 14 de diciembre de 1604, después de haber tomado declaración a 300 testigos. Una vez aprobado este Proceso diocesano, comenzaron los Procesos apostólicos, instruidos por autoridad del Papa, y que añaden pocos detalles a los de los testigos anteriores. Estos se terminaron el 17 de mayo de 1612. En el archivo de la Biblioteca vaticana se conservan todos los procesos de beatificación y canonización de san Pascual Bailón, formando 14 volúmenes. El crecido número se debe a la interminable compilación de milagros que seguía haciendo el santo.

El Papa Paulo V procedió a su beatificación el 19 de octubre de 1618, declarando su fiesta el 17 mayo, día de su muerte. El 17 de mayo de 1620 se entregó la reliquia del empeine del pie del santo al pueblo de Torrehermosa, donde nació. Su canonización la llevó a cabo el Papa Alejandro VIII el 16 de octubre de 1690. Junto con Pascual fueron canonizados Lorenzo Justiniano, Juan de Dios, Juan de Capistrano y Juan de San Facundo.

El Papa León XIII, el 28 de noviembre de 1897, lo nombró patrono de los Congresos y Asociaciones eucarísticas.

Fue proclamado patrono de Villarreal por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos el 14 de noviembre de 1917. También Nápoles lo venera como segundo patrono de la capital. El Papa Juan XXIII lo nombró patrono de la diócesis de Segorbe.

